fotos

SEMANARIO GRAFICO de INFORMACION y REPORTAJES

AÑO IV NÚM. 182

MADRID
24 DE AGOSTO DE 1940

EN ESTE NUMERO

El jueves falleció en Toledo el Cardenal Gomá
(Interesantísima plana gráfica)

•

Inglaterra, bloqueada. Hitler se dispone a cumplir su sentencia
Por J. Díaz de Villegas

•

Momento norteamericano. Roosevelt, Wendell Willkie, Harden, Church y la pretensión del «Rey del aceite»
Por Abel Capuz

•

Cómo se prepara Inglaterra para la temida invasión
Por Claudio Astín

•

Madrid, Agosto y el calor
Por Mínimo

•

Fuego y metralla en el aire
Por Spectator

•

El Día del periodista caído
Reportaje gráfico

•

La tragedia de Pérez
Cuento por Francisco Casares. Ilustraciones de Orbegozo

•

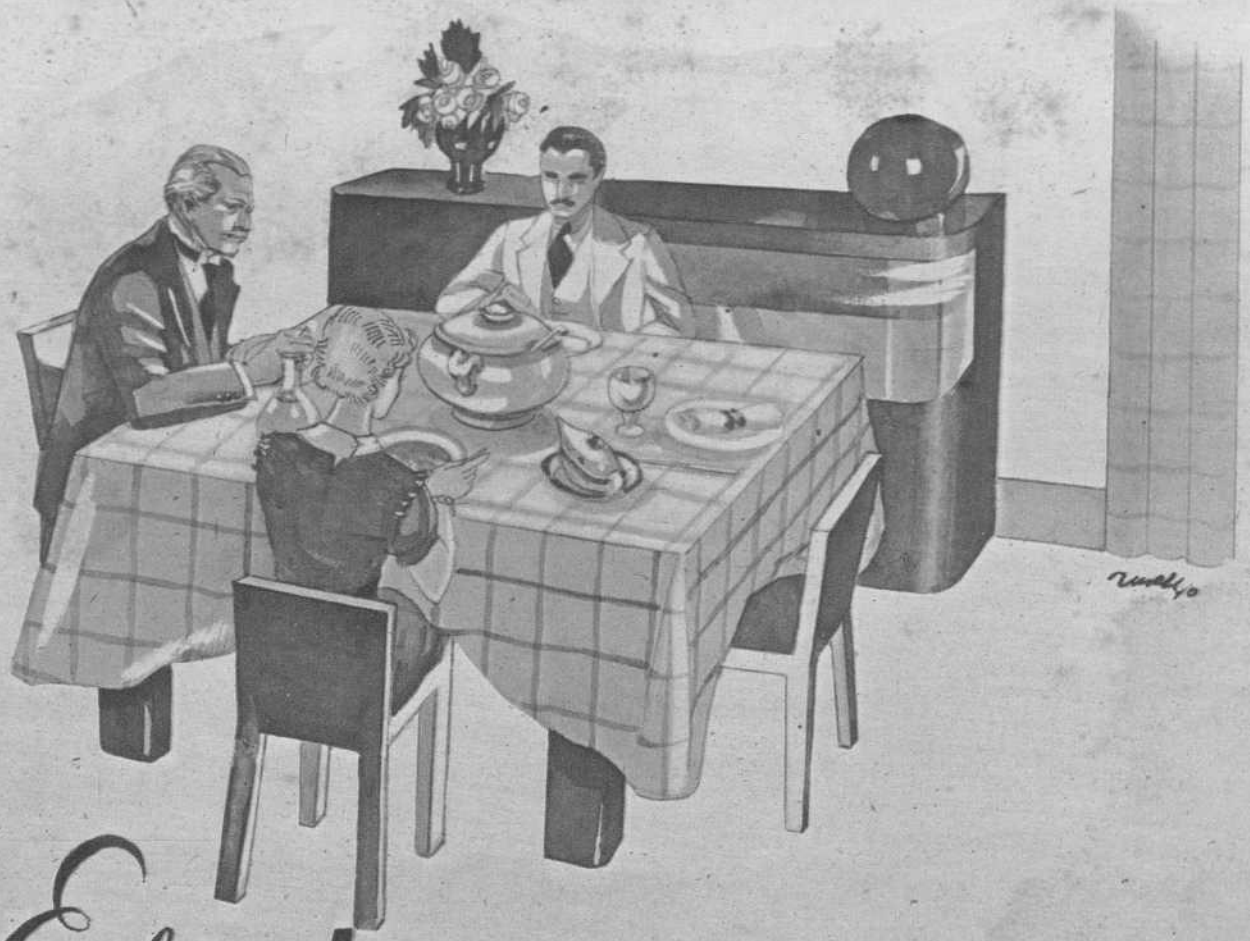
Editorial, pantalla, modas y otras informaciones y reportajes de extraordinario interés y actualidad

50 cts

Madrid, Agosto y el calor

Esta simpática nena sabe que el mejor sedante para los rigores calurosos de Agosto es una bebida helada. Nuestro fotógrafo la ha sorprendido en el momento de poner en práctica el clásico sistema contra las altas temperaturas del estío (Fot. Montes)

(En este número, un gran reportaje)



El sitio vacio

en la mesa es la brecha visible que abre en la armonía del hogar la repentina indisposición de un familiar. Su dolor aflige a los demás que desean socorrerle. Esto es fácil cuando hay DOLORETAS en casa. Porque personas de todas las edades pueden recurrir a su suave pero segura acción inofensiva hasta para los niños y delicados. De ahí que es el verdadero remedio del hogar.

Doloretas

el antidoloroso ideal

AÑO IV NUM. 182
MADRID, 24 DE AGOSTO DE 1940

fotos

DIRECTOR:
MANUEL FERNANDEZ - CUESTA

EL JUEVES FALLECIO EN TOLEDO EL CARDENAL GOMÁ

Después de larga y dolorosa enfermedad, soportada con ejemplar resignación, falleció el jueves, a las once y cuarto de la noche, en su residencia del Palacio Arzobispal de Toledo, Su Eminencia el Cardenal Primado Doctor Isidro Gomá.

La Sede de San Eugenio y San Ildefonso, de Cisneros y de Mendoza, queda vacante con la muerte del insigne teólogo que la ocupara desde hace siete años. La fecha del 22 de agosto de 1940 marcará una triste efemérides, en su doble aspecto religioso y nacional, asociándonos como católicos fervientes al duelo español ante la pérdida del insigne purpurado.

Una de las últimas fotografías del Cardenal Gomá, hecha en Pamplona durante el curso de la grave dolencia que le ha llevado al sepulcro (Fot. Cifra)

Cómo se prepara Inglaterra para la temida invasión

Estos diputados ingleses parecen bastante sorprendidos ante las palabras que escuchan. ¡Es que habla Churchill!

Así rezaba, en grandes caracteres, la titular a toda plana del *Times*, recogiendo una frase del discurso de Churchill. «En cada hijo de las Islas un soldado». La frase tampoco era nueva. Míster Pitt la había pronunciado ya un centón de años ante el temor de una invasión napoleónica.

Si un gran profesor de Psicología acertara a dar con el esquema del inglés 1940, vería seguramente cómo el sajón no sólo es rubio por los humores que segrega su sangre. Es rubio también por la frialdad ante el destino y esta frialdad procede de una certeza en su predestinación. El inglés, que no creyó jamás en el dominio napoleónico, tampoco cree en otra hegemonía que no sea la suya. Y son los avatares de la Historia los que le hacen así. Para él las confabulaciones de la suerte no fueron más que una superioridad de raza reflejada en la providencia de los hechos. Así Trafalgar, y así Waterloo. Los vientos alisios que disgregaron las naves coaligadas no fueron más que un producto del genio de Nelson. Y la feliz llegada del general Blucher — verdadero vencedor de Waterloo—, más que una consecuencia de la imponderable estrategia de Wellington. Es por esto por lo que ahora confían en una repetición de la Historia, aunque sea olvidando que ya el dueño del mar ha dejado de mandar en la tierra y que Prusia — Blucher — en vez de ser su coaligada es su enemiga. Dueños del mar, dueños de la tierra y dueños del fuego, a los ingleses les faltaba el dominio del cuarto elemento. El aire es alemán, y para los lores el aire no había servido, hasta ahora, más que para justificar el naipe emplumado del abanico de lady Wendermere. Es Alemania la que cree que sirve para algo más: para hacer y para ganar la guerra.

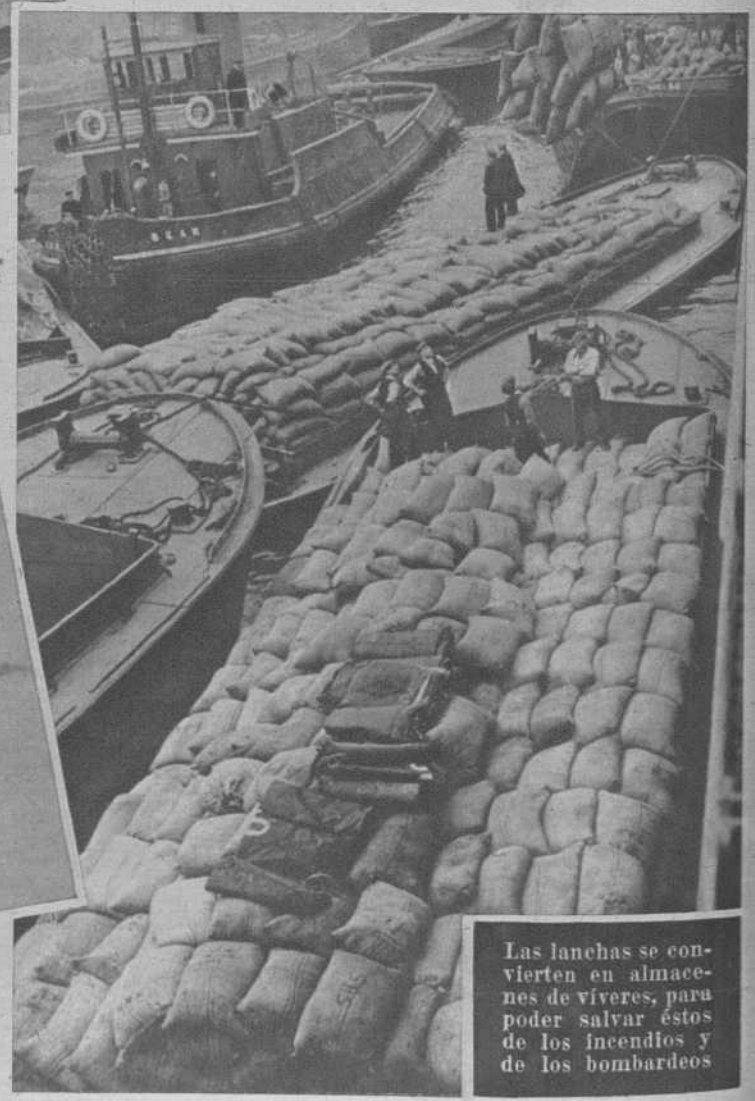
• •

«Tienen oídos y no oyen. Tienen ojos y no ven». Esta bíblica observación parece hecha para los ingleses, porque aun recientemente, cuando los habitantes de la City huían aterrados ante la presencia de los aviones del Reich, el estuario del Támesis era la muerte bajo la neblina, y los vecinos de Kent y Hampshire rezaban sus preces de rogación sepultados en los refugios, mientras las bombas de la Aviación germánica arrasaba manufacturas bélicas y centros de producción, aun la verba del ministro Morris era la del negro del sermón ante la zarabanda: «Somos más fuertes que nunca. La Gran Bretaña se prepara para una gran ofensiva mundial».

Bernard Shaw había metido las uñas entre su barba y había dado gracias a Dios por ser el primer humorista del mundo en la patria de los humoristas.

Como los hornillos caseros han de apagarse, las mujeres inglesas se han movilizado como cocineras del Ejército

Instrucciones en el aeródromo, antes de salir las escuadrillas. ¿Cuántos pilotos regresarán a su base?



Las lanchas se convierten en almacenes de víveres, para poder salvar éstos de los incendios y de los bombardeos

fotos

"EN CADA INGLES, UN SOLDADO"

La declaración de Alemania de considerar a la Isla Señora, para los efectos de la guerra ante el mundo, como un país totalmente bloqueado, ha tenido una respuesta inglesa que es la primera salida del contrahumorismo: toda Inglaterra ha sido proclamada por Churchill en estado de guerra. «En cada hijo de las Islas un soldado». Y así, cada inglés, convertido en militar, para el terror de los paracaidistas. ha prendido un rifle, una escopeta, una hoz, una porra. «Por el cielo no han de llegar». Y en el paracaidista ha visto el sajón el «ángel malo» que hay que exterminar en su intento de reinado sobre la tierra de promisión. Alemania se ha apresurado, ante la ara quebrada del Derecho Internacional, en revestir a sus paracaidistas de su única personalidad cierta. ¿Qué es un paracaidista? Un soldado. No lo acepta Inglaterra. La acepción le parece demasiado nueva. Y es porque la Historia, a la que vive fuertemente agarrada el Imperio Británico, no le ha advertido que por los aires pueden llegar los soldados.

• •

Todo el Imperio se prepara para la pesadilla de la invasión, y hasta los granjeros, con el bieldo al hombro, son soldados ante el paracaidista.

De las carreteras se han borrado las indicaciones de toda dirección; en puentes y vados se han dispuesto voladuras y atrancos, y a cada ciudadano se le ha dado su consigna y dispuesto su deber.

No hay altozano que flanquee camino o respalde ruta que no haya sido convertido en defensa o preparado en reducto. Ejército, masa civil y agrupaciones de clubmans maniobran según un arte de la guerra exclusivamente dispuesto para malograr la invasión, y hombres sabedores de lo que puede la seriedad y dispone la física seriamente, hasta los ancianos hacen sus disciplinas gimnásticas para que el choque les sorprenda fuertes.

El inglés tiene una concepción inglesa y exclusiva de la guerra, y así se dispone hacerla quien tuvo la suerte, hasta ahora, de ganarlas todas sin hacer ninguna. ¿Acertará también en ésta?

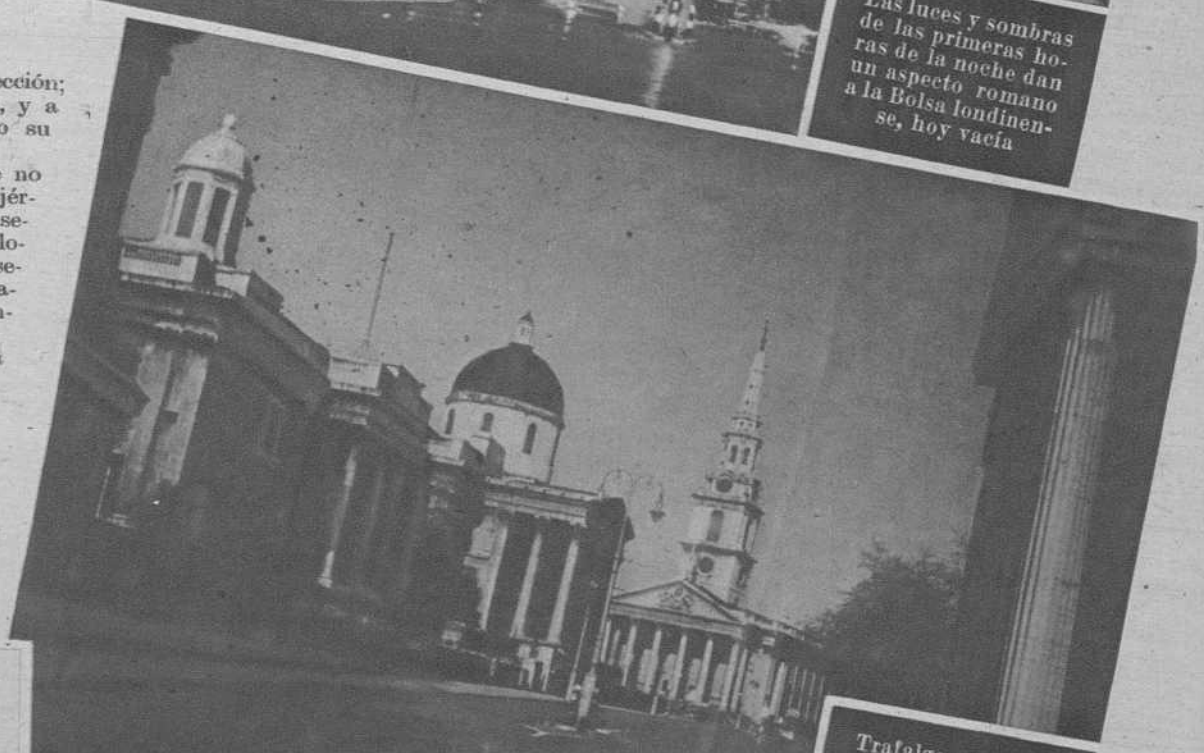
¿Se habrá truncado, como parece según se va desarrollando la gigantesca contienda, el hasta ahora invencible procedimiento inglés?

Poco nos queda para saberlo.

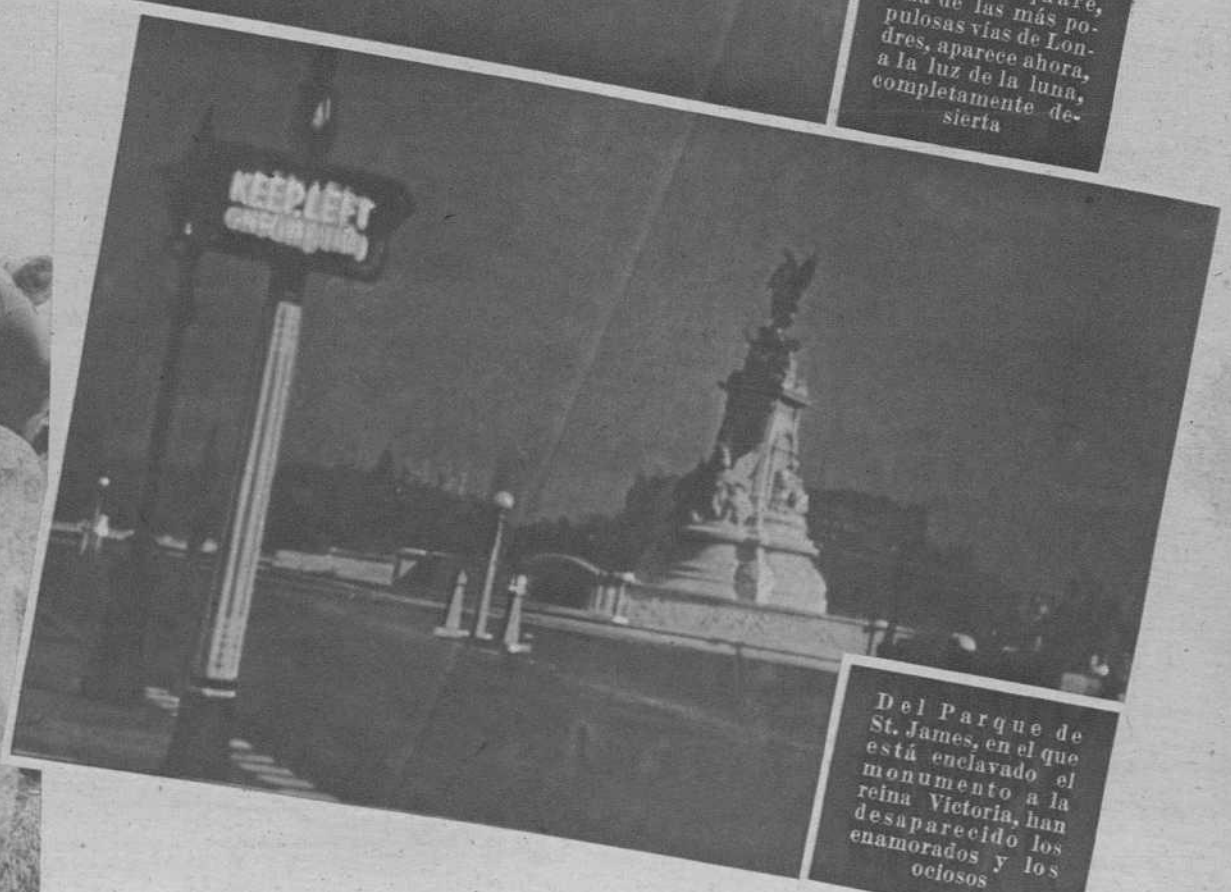
También nos queda por conocer si la demostración la reservará Inglaterra para detener la invasión o para desencadenar la anunciada ofensiva mundial.

CLAUDIO ASTIN

Las luces y sombras de las primeras horas de la noche dan un aspecto romano a la Bolsa londinense, hoy vacía



Trafalgar Square, una de las más populosas vías de Londres, aparece ahora, a la luz de la luna, completamente desierta



Del Parque de St. James, en el que está enclavado el monumento a la reina Victoria, han desaparecido los enamorados y los ociosos

La guerra en teoría. Alumnos de la escuela Harrow ensayando alegremente la defensa de Inglaterra contra la invasión

(Pots. Suwa)

Don Víctor Ruiz Albéniz, presidente de la Asociación de la Prensa, lee, ante la tumba de don Alfonso R. Santamaría, los nombres de los caídos, que son contestados con un «¡Presente!» fervoroso, unánime y emocionado

← La viuda de don Rufino Blanco, a la salida de los solemnes funerales celebrados en recuerdo de los periodistas caídos durante la época roja

El «Día del periodista caído»

Con gran solemnidad se ha celebrado en Madrid el «Día del periodista caído», en memoria de nuestros compañeros asesinados por los marxistas. La Junta de la Asociación de la Prensa presidió los actos celebrados en el cementerio — donde se depositaron coronas ante la tumba del que fué nuestro presidente Alfonso R. Santamaría — y en el funeral, al que asistieron numerosos compañeros de los caídos y las redacciones en pleno de los periódicos madrileños.

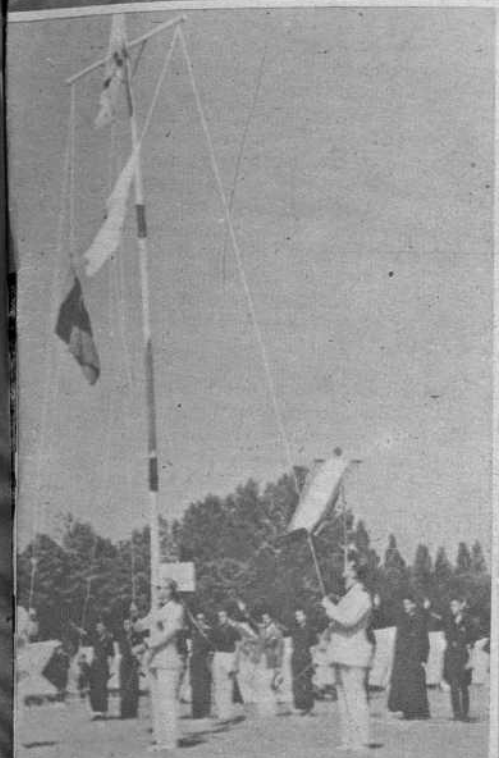
El director general de Prensa reitera el pésame a la Junta Directiva de la Asociación de la Prensa, después de los solemnes funerales celebrados en la iglesia de San José

← Los familiares de don José San Germán Ocaña, a la entrada del templo donde se celebraron las exequias

(Fots. Santos Yubero)

La familia de aquel gran caballero y modelo de periodistas que fué director de «La Nación», don Manuel Delgado Barreto →

↑ El ministro de la Gobernación contempla la condimentación del rancho extraordinario dado con motivo de su visita a los muchachos



←El señor Serrano Súñer, con el delegado nacional de O. J. y el jefe provincial de Madrid, izan las banderas Nacional y del Movimiento en uno de los campamentos visitados

A bajo: Los dos hijos mayores del presidente de la Junta Política, durante su visita a los campamentos (Fots. Cifra)

El presidente de la Junta Política, en los campamentos de O. J. de La Granja

El presidente de la Junta Política y ministro de la Gobernación, señor Serrano Súñer, con sus dos hijos mayores, ha visitado los Campamentos de Verano establecidos en La Granja. Le acompañaron en su visita el delegado nacional de O. J., camarada Sancho Dávila; la delegada nacional de la Sección Femenina, Pilar Primo de Rivera; el jefe provincial de Madrid, camarada Miguel Primo de Rivera, y otras jerarquías.

El señor Serrano Súñer pasó toda la jornada visitando los Campamentos y conversó con los muchachos, interesándose respecto al funcionamiento de la institución y presenciando por último un partido de fútbol a cargo de equipos de los Campamentos de O. J. masculinos, y una exhibición de bailes típicos celebrada en su honor en el Campamento «11 de Abril de 1934», de las Organizaciones Juveniles de Madrid.

De SABADO a SABADO

RUMBO

El honorable señor Churchill y el hambre en Europa

EL primer ministro inglés, honorable señor Winston Churchill, ha pronunciado otro discurso en el Parlamento. Ha dicho poco más o menos que Inglaterra está preparada para continuar la guerra en 1941, que la situación en que el Imperio Británico se encuentra es notablemente mejor que la de hace un año, que tienen dos millones de soldados y que la patata sirve para hacer alcohol y la leche para construir aviones. En virtud de todo lo expuesto, el Gabinete británico ha manifestado su decidida intención de someter a Europa al hambre y a hacer que los europeos suspiren melancólicamente ante el recuerdo de un par de huevos fritos con patatas o de un vaso de leche merengada.

Nosotros no sabemos si la guerra va a llegar a 1941. Daríamos cualquier cosa porque el próximo año pudiéramos vivir todos en paz y en gracia de Dios. Pero si esto desgraciadamente no ocurre, mucho tememos que el pronóstico de Churchill se cumpla solamente en parte.

El que asegure que Europa puede ser bloqueada y vencida por un bloqueo comete un tremendo error. El Eje domina la casi totalidad de Europa; el señor Churchill ha asegurado, sin que sepamos si es cierto o no, que los alemanes se han apoderado de las reservas de víveres de los países que han ido sometiendo. De ser así, esto les habrá permitido aumentar aquellas con que iniciaron la guerra. Pero no es esto todo. Si la guerra se prolonga y Europa pasa hambre, hambre provocada por Inglaterra para que los alemanes e italianos se rindan al no poder comer, entonces el señor Churchill y su política habrán conseguido que en Europa se muera de hambre todo el mundo, menos los alemanes y los italianos. Esto es, aquellos contra los cuales se dirige el golpe. Al tener el Eje el control físico del Continente, en un estado de necesidad que provocaría su aislamiento económico, no iban a ser Alemania e Italia tan cándidas que iban a dejar a su pueblo y a su Ejército en constante ayuno. Alemania preferirá siempre que se mueran de hambre dos polacos, a no que mueran un polaco y un alemán.

Creemos sinceramente que así no se terminará la guerra y que por este procedimiento el Imperio británico no podrá nunca obligar a capitular a Alemania e Italia.

Lo que sí nos llena de terror, es el pensamiento de que la guerra pudiera alargarse. Winston Churchill fué uno de los hombres que más directamente y con más intensidad vivió la guerra pasada. El recordará perfectamente las desastrosas consecuencias económicas, políticas y morales que produjo. Multiplique por diez lo pasado y así quizá podrá aproximarse a lo que la actual va a dejar tras de sí.

Estas consideraciones de tipo moral nos asustan mucho; pero esta otra física de escasez alimenticia que el señor Churchill nos desea y que esperamos no se realice, nos inquieta mucho más.

Estamos seguros que esta cruel idea del hambre en Europa se le ocurrió al primer ministro inglés el día que tuvo que tomar los huevos sin tocino de Dinamarca.

COMENTARIO

LA POLITICA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Anda, desde hace días, por los mares, enviado con una misión humanitaria a Europa, el «American Legión», con una ruta que, a pesar de las minas sembradas por los alemanes y la zona que éstos han sometido al bloqueo, le parece al mundo extrañísima. «Se supone — decíase recientemente — que el Gobierno norteamericano ha buscado un camino tan largo para que el «American Legión» pueda, cuando convenga, detenerse en algún punto de la costa inglesa y recoger a los miembros de la familia real». Pero he aquí que en el Parlamento de Wáshington se levanta el senador Bene y dice:

—Cuidado con el «American Legión». Navegando por donde navega, nada tan fácil como que resulte tocado por una mina y se le eche luego la culpa al torpedo de un submarino alemán.

Mientras los hechos no lo demuestren, mientras no lo hagan al menos sospechar, no puede dejarse caer sobre nadie el peso de semejante acusación. Y descartado esto, ante la actitud de los amigos de Roosevelt, decididos a intervenir como intervienen los pueblos en las guerras, con material y con hombres, y la de todos los demás que quieren mandar a Europa más barcos, más aviones y más cañones, pero siguiendo el país, los habitantes del país, en pleno goce de una paz que allá lejos acaso sólo por su culpa no exista.

INGLATERRA BLOQUEADA

HITLER SE DISPONE A CUMPLIR SU SENTENCIA

El lector cuarentón lo recuerda sin duda. Julio Verne, que hacía nuestra común delicia de adolescentes, escribió una novela apasionante: «Los hijos del Capitán Grant». En una de las partes de la obra — en la que se relata el viaje por Australia — hay un capítulo aleccionador. Le intitula el autor «Primer premio en Geografía». Toliné, un alumno de la Escuela Normal de Melbourne, explica al sabio Paganel el reparto político del mundo. La tierra, entera, es inglesa. Lo es Asia, Africa, Oceanía, América — Johnson, el sucesor en la presidencia del Lincoln, es para el alumno incluso un mero gobernador inglés de los Estados Unidos — y desde luego es, también, inglesa Europa. En Europa no hay más que provincias británicas; Francia, capital Calais, gobernada por lord Napoleón; España, capital Gibraltar... El lector cuarentón lo recuerda bien, en efecto. Repetimos el episodio novelesco porque se nos hace que tiene valor simbólico. Los ingleses tienen todos algo de Toliné. Comprendemos que ello pueda ser explicable en parte. Pero nos interesa más la constancia del hecho, que el buscarle justificación. Nos escribe, con letra inglesa, una dama inglesa también. En un anónimo correcto la remitente se extraña porque nuestra Prensa, unánime, reivindique Gibraltar una vez más. «¿Pero es que acaso Gibraltar es tierra española?», nos pregunta con tanta extrañeza como nosotros al conocer su estupor. Todo inglés, en efecto, es algo Toliné.

He aquí la razón. En 1583, Inglaterra — que hasta el momento había sido el arrabal de Europa — ocupa Terranova. En 1713 se consuma el despojo de Utrecht; Santa Elena, las Bermudas, las Bahamas, ¡¡Gibraltar!!, y otras tierras quedan por Inglaterra. En 1763, la Gran Bretaña incorpora a su naciente Imperio Canadá, ciertas islas de las Antillas y Tobago. En 1788, tiene ya Sierra Leona; en 1802, Ceylán, la Trinidad; entre 1814 y 1815, El Cabo de Buena Esperanza, la Guayana, Malta, San Mauricio y Santa Lucía. Durante el reinado de la reina Victoria se añade Natal, parte de Rhodesia y del país de los zulús; el N. O. de Canadá, nuevos territorios australianos, Tasmania y parte de Borneo. En 1878, Chipre. A finales de siglo se incorpora la Kenya, Zanzíbar, territorios de los Lagos, el país de los Somalias, Nigeria, Costa de Oro, las Islas de Salomón y de Cook, Tonga, tierras en el Pacífico, Orange y el Transvaal. A consecuencia de la guerra de 1918 y del tratado, en vías de liquidación, de Versalles, pasan también a sus manos, con uno u otro título jurídico — pero con el mismo título moral de no pocas de las tierras precedentes—, Tanganika, Togo, Camarones, Palestina, Transjordania... Saciada la ambición inglesa hay ya hasta tierras para sus colonias; y así Australia recibe el mandato de Nueva Guinea; Nueva Zelanda, el de la Isla Samoa y el Africa del Sur, el del Africa del S. O. Inglaterra posee así 38 millones de kilómetros cuadrados de tierras — ¡un tercio del total de las tierras emergidas! — pobladas por 500 millones de habitantes. ¡Una cuarta parte de la población del mundo! ¡Toliné no erraba tanto como creyera Paganel!

Fuera de todo este mundo de «tierras inglesas», Inglaterra, además, tenía puestos los jalones sobre casi todas las comunicaciones del globo. Sus veinte millones de toneladas de buques mercantes, su intervención sobre el Canal de Suez y control de los principales Estrechos; el desarrollo de sus líneas aéreas; su intervención sobre buena parte de la producción petrolera; su riqueza de carbón, lo tupido de su red de cables, hacían de Inglaterra, tal como quería el escolar de Melbourne, la reina del mundo.

Más de pronto Inglaterra entra en guerra con Alemania, ¡por la cuestión de Memel! Y Hitler decreta el bloqueo de su adversario. ¡El bloqueo del país que bloqueara a su antojo al mundo desde hace dos siglos! Como en la trama genial de Quevedo, otra vez «¡El alguacil alguacilado!»

Tal es, en efecto, la honda significación de la nueva sentencia catoniana que el Führer ha lanzado contra Albión.

Inglaterra no sólo necesita nutrirse de sus colonias y dominios. Necesita vivir del mundo, ya que ella produce muy poco. A la puerta de la metrópoli confluyen, en efecto, las rutas de su vasto intercambio; las avenidas por donde llega el petróleo, los minerales, los alimentos, el caucho, las fibras textiles... Alemania se ha colocado allí, guardián terrible, decidida implacablemente a no dejar pasar nada. La determinación es implacable y bien decidida porque la precede el hundimiento de más de cinco millones de toneladas mercantes inglesas; porque los principales puertos británicos están ya minados; porque durante varios días la Aviación germánica ha arrasado metódicamente los aeródromos, las bases navales, las fábricas militares, las comunicaciones, los objetivos militares todos, en una palabra, de su rival; porque durante muchos días también la aeronáutica alemana se ha enseñoreado sobre el cielo de todas las ciudades insulares, batiendo ampliamente Londres; porque la navegación inglesa por el mar del Norte — pese a la potencia de la escuadra rival — ha sido de tal manera desterrada, que en ese mar Alemania ha terminado estableciendo un servicio marítimo para recoger a los aviadores que caigan en él; porque la ineficacia de la antiaeronáutica inglesa se ha manifestado claramente y los aeroplanos alemanes tienen porcentajes débiles de pérdidas, dada la magnitud de la empresa, y porque el vuelo del «Stuka» resulta muy poco favorable para el tiro de la D. C. A.; porque Alemania lanza al ataque nuevas armas de su prodigiosa técnica, aprovechando las excelentes bases que conquistara su magnífico Ejército del Cabo Norte al Bidasoa... El obstáculo insuperable con que toparan Felipe II y Napoleón para llevar la guerra al seno de Inglaterra, el mar, Hitler le ha saltado.

Mientras que la Gran Bretaña piensa ya, a lo que se dice, enajenar un trozo de su imperio americano, a cambio de unos cuantos destructores; mientras que pierde Somalia; mientras que suenan en Egipto aldabonazos expresivos; mientras que Malta y Gibraltar sufren las iras de la Aviación rival; mientras que en el Continente europeo Inglaterra ha perdido toda su hegemonía; mientras que en el Japón se pide la guerra abiertamente contra la Gran Bretaña, la metrópoli es herida ya directamente en su propia carne y en su propio corazón: Londres. Si Napoleón dijera de España que Madrid lo era todo; si los franceses afirman que «París es la Francia», con mucha más razón podríamos añadir nosotros que Londres es Inglaterra y aun el Imperio británico. Es el mayor general Ashmore, el organizador de la defensa aérea de la capitalidad en la guerra pasada, el que lo afirmara antes. Londres — ha dicho — es al menos un tercio de la actividad total de Inglaterra; Londres es indispensable en un grado superior al que lo es, para sus respectivos países, Moscú, París, Berlín o Roma; Londres, moral y físicamente, es Inglaterra.

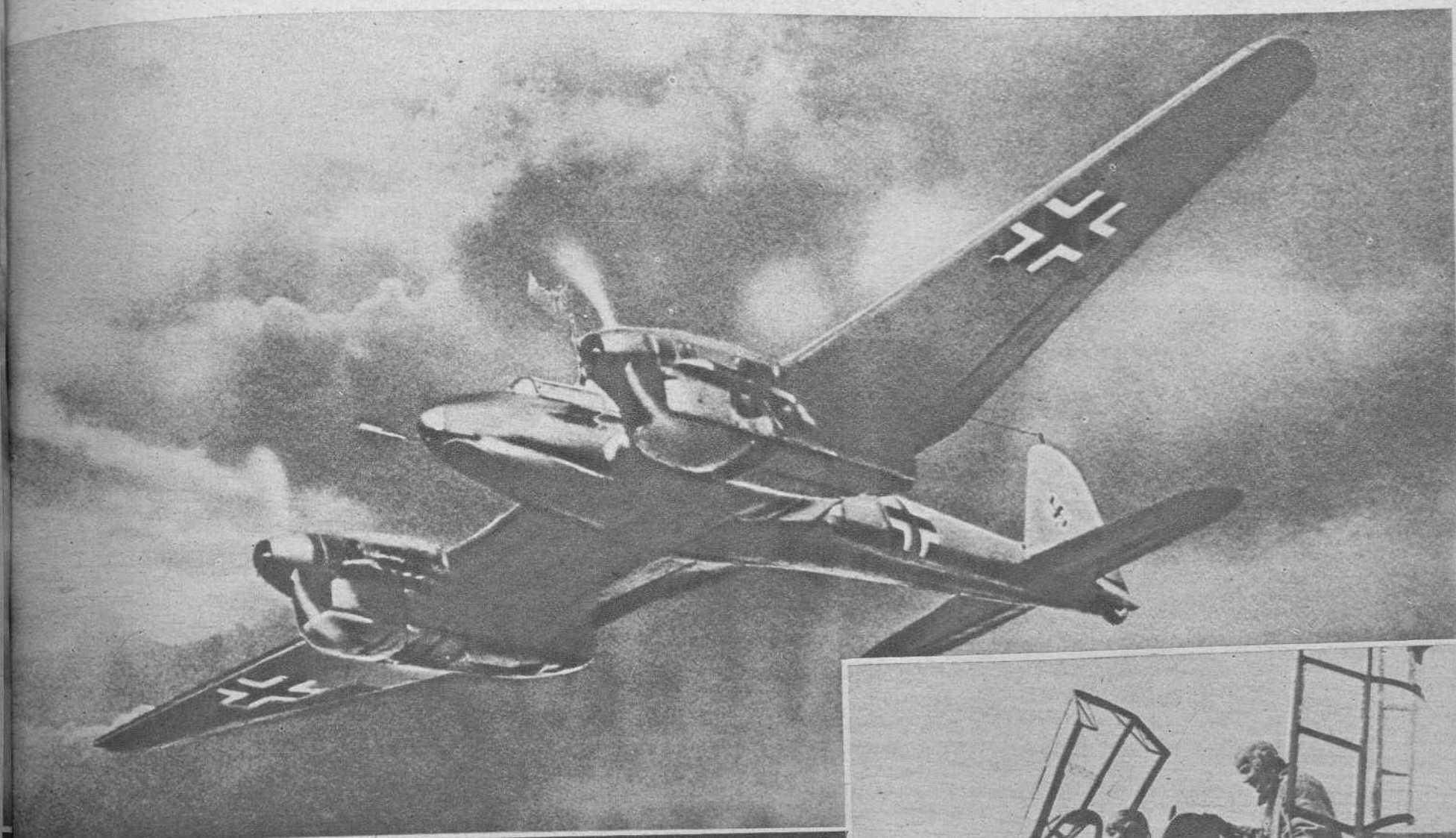
Un día, durante aquellos años de tensión que sucedieron al incidente de Fachoda, un novelista militar francés, Driant — que luego muriera heroicamente a la cabeza de sus hombres en Verdún — escribía su «Guerra fatal». ¡Inglaterra contra Francia! La navegación submarina balbuceaba a la sazón. Eran los tiempos en que ocurrían incidentes fatales, como el de un sumergible galo que se sumergía definitivamente en el mar, porque su comandante olvidara cerrar la escotilla... Pues bien, Driant conduce, con su fantasía novelista, a uno de estos submarinos, Támesis arriba, para consumar una hazaña; la voladura del «Victory». Hubiera sido fácil al militar literato, naturalmente, haber volado, con igual fantasía, la «Home Fleet» entera. Pero un hombre de letras es siempre un espíritu sutil. Y el golpe resultaba singularmente elegido. Era la historia de Nelson a acá la que se volaba. Era Trafalgar lo que se borraba con el golpe. Era la hegemonía en la superficie del mar la que Inglaterra perdía así. Driant resolvía, en su mente febril, el problema, poniendo en manos de los franceses el dominio de las aguas submarinas. Inglaterra, así, volaba desde abajo.

Hitler ha tenido una concepción en cierto modo semejante. Ha elegido esta vez el dominio del aire. Y ha atacado a Inglaterra por arriba. En el fondo la idea es la misma. Pero encontramos con todo una profunda y grave diferencia. A la novela ha sucedido la Historia. En efecto, la fragata de Nelson ha sido ya alcanzada por la Aviación germana cuando aun flotaba orgullosa en el estuario del Támesis...

JOSE DIAZ DE VILLEGAS

La preparación de los «Stukas» que han de volar contra Inglaterra. Mientras unos soldados llenan los depósitos de gasolina, otros preparan las bombas de diferentes calibres (Fot. Orbis)

A mediados de este mes, la aviación inglesa intentó un «raid» sobre Aalborg, en Dinamarca. He aquí los restos de uno de los dieciocho aparatos británicos que derribaron los alemanes (Fot. Orbis)



Como éste, vuelan por centenares, sobre las costas y los puntos vitales de las Islas Británicas, los aparatos de la poderosa aviación germana, en demostración incuestionable de la superioridad de sus alas victoriosas (Fot. R.)

↑ Un submarino alemán regresa a su base, después de haber hundido treinta y tres mil toneladas de barcos enemigos (Fot. Orbis)

← El objetivo ha sido alcanzado. La bomba ha dado de lleno en el blanco y el observador comunica satisfecho la noticia al comandante del avión (Fot. Orbis)

La llamada para el combate. En unos segundos, los pilotos y bombarderos atraviesan el aeródromo, llegan hasta sus respectivos aparatos y ocupan sus puestos para cumplir la misión de todos los días bajo el cielo británico (Fots. R.)

Señora...

OBTENDRÁ UN CUTIS NACARADO y FINO, USANDO

VISNÚ

Producto español, no superado por ningún similar extranjero, es imprescindible en el tocador de toda mujer celosa de su belleza. Borra del rostro las pecas, manchas, huellas de erupciones, viruelas, y os defenderá de las arrugas y evitará el uso de cremas y pinturas

EN TONOS: BLANCO, RACHEL, ROSADO, MORENO, BRONCEADO, OCRE y NATURAL

Un guardián

contra las enfermedades de la piel. BARACHOL cura la sarna sin baño ni desinfección de ropa, aplicando la pomada solo en las manos. Ideal contra granos, eczemas y erupciones, Muy superior a todo otro tratamiento.

BARACHOL

VENTA EN FARMACIAS

Fábrica de harinas

«LA JOSEFINA»

Vda. de Juan Catalá

Carretera Tarragona, 24
Teléfonos: Particular, 48. Fábrica, 40

VALLS

UIS

MONTSERRAT

CEREALES y DESPOJOS

Carretera Tarragona, 25
Teléfono núm. 58

VALLS

NOVEDADES PARA SEÑORA

La Renovación

Plaza Topete, 11

VALLS

fotogramas

2.ª SEMANA
de gran éxito de la superproducción
DE UNA MISMA SANGRE
PREMIADA CON LA COPA DE ORO MUSSOLINI
IMPERIAL FILM
(APTA PARA MENORES)
El documental CIFESA de ESPAÑA EN TANGER es una página de la Historia de la Nueva España

PALACIO de la MUSICA
(REFRIGERADO)

CAPITOL
refrigerado
Gran éxito
El GONG de la VICTORIA
Robert Taylor
Maureen O'Sullivan

CINEMA BILBAO
Desde el lunes, 26,
LA VUELTA AL HOGAR
(MAGDA)
por ZARAH LEANDER
Y
PARACAIDISTAS
(Apasionante documental UFA)
HOY y MAÑANA, últimos días de
CARMEN LA DE TRIANA
por IMPERIO ARGENTINA
(Dirección: FLORIAN REY)

LAUREL Y HARDY
la pareja cómica de la gracia ilimitada,
en
QUESOS Y BESOS
Desde el lunes en ALCAZAR
Film METRO-GOLDWYN-MAYER
(EN CASTELLANO)

PARA TÍ, LECTORA

Más acerca del cuidado de las Pieles

Elegante traje de tarde, en «foulard» estampado en azul marino y blanco

Sencillo gabancito en lana azul marino, de sobria y escueta línea

Juvenil vestidito en tela de hilo blanco, con tiras azul marino, de hilo también ↓

DE acuerdo con lo que os prometíamos en nuestra crónica anterior, vamos a poner hoy de nuevo sobre el tapete el problema de las pieles. Vamos, pues, a él sin más preámbulos, no sea que, una vez más, el espacio nos obligue a hacer punto demasiado pronto.

Todas las pieles y especialmente las de pelo corto, suelen engrasarse en la parte del cuello y las bocamangas por el frecuente roce. Pues bien: todas ellas pueden ser sometidas a un régimen de limpieza por medio del aserrín de caoba, aplicado en la siguiente forma: Extiéndase la prenda sobre una mesa y viértase sobre ella una cantidad prudente de aserrín de caoba ligeramente templado, pero completamente seco, y frótese después la piel con la palma de la mano, empleando más o menos energía según la resistencia del pelo y de la persona que realiza la frotación. Poco a poco la piel va quedando desprovista de la grasa que la afeaba y las «mechas» de pelo van desapareciendo, con lo que la piel sometida al tratamiento recobra su primitiva y flamante apariencia, hasta el punto de parecer completamente nueva. Los residuos del aserrín desaparecen sacudiendo la piel con unas ligeras varitas de fresno, muy flexibles.

Por lo que al «renard» se refiere, el procedimiento a emplear para combatir su frecuente enmarañamiento es el mismo que se sigue con el cabello. Mójese ligeramente con aspersiones de agua bien limpia y frótese, en la dirección del pelo, con un cepillo de raíces fuertes. Luego, con un peine de metal, péinese insistentemente, hasta que cada pelo quede aislado de los demás, y cuélguese después a secar por la parte de la cabeza de la piel de modo que la dirección del pelo esté en sentido a la vertical. Con la nutria, el «ragondin» y el castor puede seguirse igual procedimiento.

Algunas pieles de pelo corto, como el «astrakán», el «breitschwanz» y el «caracul», sufren frecuentemente la rasgadura de sus cueros por resecación. Cuando esas rasgaduras se han producido, pueden corregirse fácilmente recosiéndolas cuidadosamente con una aguja fina enhebrada en seda negra.

Y para evitar que las roturas se produzcan de nuevo — lo que suele ocurrir a consecuencia de haber conservado las pieles durante el verano en lugares inadecuados — evítese en lo sucesivo que permanezcan en sitios demasiado secos durante el tiempo en que no hayan de ser utilizadas.

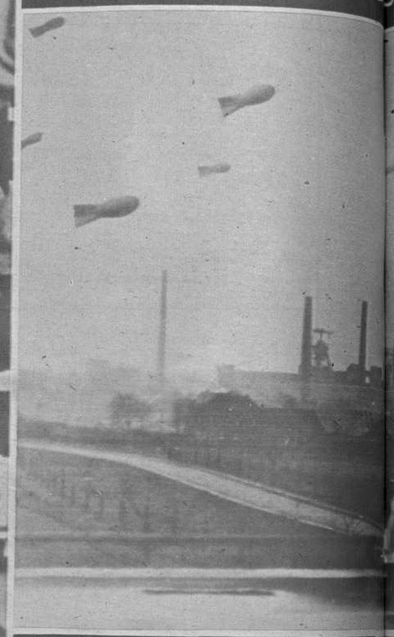
Y ahora, lectora amiga, un último consejo: cuando a consecuencia de una súbita lluvia o por otro cualquier motivo, las pieles sufran los rigores del agua, no deben secarse jamás cerca del fuego. Deberán ser colgadas — siempre en el sentido del pelo, como ya hemos dicho antes — o extendidas en una habitación de temperatura intermedia y, a ser posible, bien aireada, y dejarlas secar allí sin sentir demasiada impaciencia por lucirlas de nuevo, ya que las pieles recién secas tienden a rasgarse si no son cuidadosamente manejadas.

Ved, lectoras amigas, cuán sencilla y económica resulta la terapéutica de las pieles. Un poco de atención basta para conservarlas durante mucho tiempo en perfecto estado. La molestia que produce su cuidado es insignificante; pero aun cuando exigiese un mayor empleo de tiempo y preocupación, habría que darlos por bien empleados teniendo en cuenta que las pieles constituyen uno de los más atractivos elementos de seducción de la mujer y que su coste, elevado siempre cuando se trata de pieles auténticas, no permite frecuentes renovaciones...—L.

Fuego y muralla en el aire

Cómo defiende ALEMANIA sus centros de producción ante los posibles ataques aéreos de INGLATERRA

En las fábricas y en las minas, en los talleres y en los altos hornos, las potentes armas defensivas de la D. C. A. impiden los ataques a los puntos vitales germanos



Las comarcas industriales de gran importancia son ceñidas por un amplio círculo de globos cautivos, que forman una red contra aeroplanos del enemigo

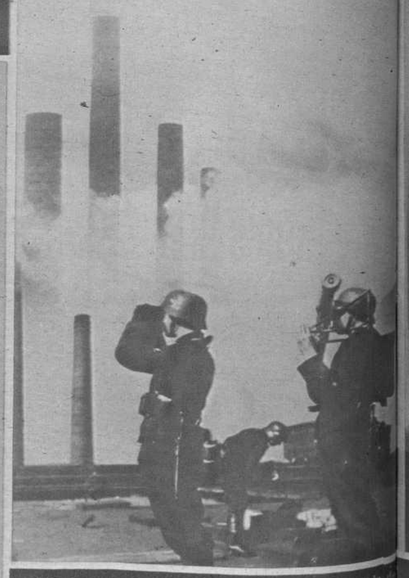
Gracias a su armamento defensivo, tan moderno como cuantioso, cualquier ataque que intenten los aparatos de la aviación enemiga puede ser rechazado en el acto (Fots. E.)

DEFINITIVAMENTE, la guerra actual se decidirá en los aires. La más tremenda equivocación de Albión ha sido suponer que la exclusiva supremacía de los mares podría determinar una victoria absoluta sobre el enemigo. La preparación y la organización germana han enderezado sus pasos por el camino opuesto; y ahora Inglaterra, demasiado tarde según revelan todas las probabilidades, trata de alcanzar una superioridad aérea que los germanos consiguieron a costa de tremendos sacrificios en la paz, cuando sus actuales enemigos sesteaban en las delicias del «week-end» y convencidos de la intangibilidad de la Home Fleet.

Batallas aéreas durísimas, espantosas, cruentas, hay para el espectador un hecho incontrovertible que queremos sustraer a la propaganda de los beligerantes: mientras las magníficas defensas alemanas impiden casi en absoluto el paso de los aviones británicos que se limitan, en el mejor caso, a cruzar furtivos sobre el cielo de Alemania a gran altura y en la noche, dejando caer unas bombas cerca de los centros urbanos que son por su aspecto los más fáciles blancos, aunque no sean objetivos militares de ninguna clase, las escuadrillas alemanas, numerosísimas, van y vienen sobre los grandes puertos militares de la Isla, asedian el estuario del Támesis, destrozan los convoyes de barcos mercantes protegidos por unidades de guerra y alcanzan fácilmente las bases navales de Escocia. Es decir, que sean cualesquiera los resultados que los partes oficiales quieran atribuirse, hay una serie de sucesos que ingleses y alemanes confirman de modo terminante; las más tremendas batallas que se hayan librado jamás en los aires tienen un día y otro por teatro cruento el cielo de las Islas Británicas. La realidad de esta espantable violencia es la prueba de la superioridad germánica, que tiene las costas inglesas a tiro de cañón, que domina y casi impide la navegación por el Canal de la Mancha, y que destruye, con sistematicidad infernal, puertos, fábricas, vías de comunicación y centros vitales de la que se consideró poderosa Inglaterra.

A la inaudita violencia de la agresión alemana ha contestado Inglaterra hasta este instante con un esfuerzo defensivo decidido, fuerte, encarnizado. Pero todos los mecanismos, la apresurada construcción en serie de aviones de tipo modernísimo y la educación y preparación de pilotos de guerra, prestos para entrar en combate, no son resortes suficientes para contrarrestar una maquinaria bélica que se advierte fácilmente superior y que pese a las obligadas pérdidas de la lucha, redobla e intensifica los esfuerzos llevando la implacable destrucción al país enemigo.

En el alarde ofensivo alemán hay dos armas perfectamente delimitadas y desemejantes, aunque su colaboración resulte estrecha y eficacísima: aviación y contraaviación. Los aviones rapidísimos, los famosos aparatos «Stukas», han probado ya cómo se logra una supremacía y se sotiene un dominio de lo alto, pese a todos los heroicos intentos del enemigo. Pero, más callada, más alerta, firme en sus puestos de avanzada y sacrificio, la defensa contra aviones ha hecho de Alemania un recinto inabordable, o al que en todo caso los enemigos sólo se atreven a acercarse amparados en la niebla y en las sombras de la madrugada.



Día y noche, los soldados germanos adscritos a la defensa antiaérea de Alemania observan el cielo con aparatos de óptica de largo alcance

Los poderosos reflectores rasgan las tinieblas constantemente, mientras junto al cañón de la D. C. A. se presta una guardia vigilante

No son sólo los magníficos cañones de tiro rápido, los aparatos complicados de escucha y alarma, que registran el sonido por la vibración muchos kilómetros antes de que las escuadrillas sean visibles en el espacio, sino también las barreras de globos perfectamente armados, que fondeados en los aires, en las proximidades de los grandes centros fabriles y militares, forman barreras como cortinas que los aviones no pueden forzar porque el armamento de los globos es más eficaz que el de los aviones. Todo un sistema complejísimo, extendido por Alemania y los países ocupados, que funciona, sin embargo, con mecanismo sencillo y automático y engranaje perfecto para que responda a la eficiencia de la finalidad perseguida, que es la protección absoluta del trabajo constante para la guerra y para la victoria.

La que ya se conoce en todas partes con las iniciales D. C. A., ha logrado en Alemania una organización amplia, meticulosa y perfecta, que garantiza a los habitantes contra las asechanzas enemigas y se siente capaz de frustrar las amenazas rivales. Y entretanto, bandadas cada vez más numerosas de aviones salen constantemente para dominar el cielo de Inglaterra, llevando a la Isla, que ya no puede sentirse omnipotente, la sensación de esta tremenda realidad de un ataque, de una batalla ininterrumpida que abrirá paso a la temida invasión.

Equivocóse Albión cuando confiaba en la superioridad absoluta de los mares. Tenía razón Germania cuando afirmaba que la guerra se desencadenaría en los aires más terriblemente que nunca, aunque se decidiese en la tierra cuando soldados de todas clases —divisiones acorazadas, paracaidistas, artillería, infantería — irrumpiesen en los países enemigos como ya lo hicieron en Polonia, Noruega, Holanda, Bélgica y Francia.

Pero ni el cerebro más enfebrecido pudo sospechar que la guerra en los aires tendría este carácter de violencias excepcionales y de masas pavorosas en liza. Y menos aun, que las defensas contra aviones podrían cerrarse prácticamente con este hermetismo de alas y hierro que Alemania ha conseguido sobre sus cielos, en el lindero de sus costas y alrededor de los centros vitales de su industria fabulosa de guerra.

SPECTATOR

REPORTAJES del VERANO

Madrid, agosto y el calor

El hombre de las dos caras

En la esquina de mi calle hay una tienda de un solo hueco cuyas puertas, como todas las puertas, se abren hacia fuera. Son de madera pintada en ocre oscuro, cuyo color sólo conocen los serenos y los hijos de la noche, porque durante el día su dueño las tiene siempre cubiertas con dos raros vestidos que responden al grado de las estaciones. Tienen un uniforme de verano y otro de invierno, como los empleados de la ferrovía y como los tranviarios. Por los meses fríos se arropan con unas tupidas esteras, y por la canícula sólo conocen el sol por la falsilla de unas persianas verdes que las cubren y que tienen tantos años como las puertas. Las esteras parecen decir al transeúnte: «Caballero: fíjese usted en esas puertas que están debajo de nosotras. Están tibias y sin enterarse de que está helando. Usted podía estar tan calentito como las puertas». Las persianas tienen dieciocho bocas que son sus dieciocho rajitas, y por cada una de ellas se diría que advierten al peatón: «Usted va sudando tontamente, amigo. Estas puertas que están debajo de nosotras veranean sólo por veinticuatro pesetas. Si usted se protegiese con una persiana comprendería que eso del calor es sólo un fantasma cuyas lágrimas son los sudores».

Ya he dicho que esta tienda tiene un dueño. La tienda se transforma, las puertas también, y el dueño no sería una persona cabal si no hiciera lo mismo dos veces por año. Este dueñó, que es bajito y silencioso como una oruga, es el hombre de las dos caras. En invierno lleva el pelo crecido, usá bigote y gorra. En verano se afeita la cabeza, se quita el bigote, se pone unas gafas ahumadas y un sombrero jipi. Son sus dos uniformes. Su vida, como su casa y sus puertas, está sujeta a las constelaciones y salta desde el Polo a los Trópicos, que son su puesto de horchata y su venta de esteras. Precisamente es en el puesto de horchata donde le queríamos coger. Se ha puesto su cara de verano y rueda una mano a derecha e izquierda sobre una gran asa de latón, como si estuviera sacando un enorme tornillo clavado en el pavimento. Pero esto no es más que una impresión de la buena voluntad. Lo que realmente está haciendo es fabricar horchata.

En el mes de julio, Madrid suele morirse de sed y nadie mejor que el dueño de uno de sus manantiales para informarnos cómo hace Madrid, en los días caniculares, su gran cura de aguas.

—¿Usted es el dueño del puesto?

—Sí, señor.

—¿Qué vende usted en él?

—Pues... ¿que no lo ve? Horchata.

—¿Se bebe mucha horchata en Madrid?

—Menos que en Barcelona; pero se bebe mucha.

—¿Como cuánta?

—¿Usted para qué quiere saberlo?

—Soy periodista.

—¡Ah! Si es así... Tómese usted un vaso de horchata.

—Gracias. Está buena.

—De chufas. Esta no es de arroz.

—¿Por qué dice lo del arroz?

—Porque con arroz está peor.

—Ya lo había oído. ¿Como cuánta horchata se bebe Madrid diariamente?

El hombre de las dos caras se rasca sobre el sombrero de paja, y la paja, con el frote, se incendia en una gran idea.

—Sabiendo la chufa se sabe la horchata.

—Esto no lo había oído.

—Pues, sí, señor. Tanta chufa, tanta horchata.

—Y tanta horchata... ¿Cuánta es?

—Como cuatro mil duros diarios en total la horchata que se beben los madrileños.

—¿Y hay horchata que no sea de chufa?

—Sí, señor. Y eso es lo que desacredita. La hay hecha con arroz y con otras mil porquerías.

—¿A qué llama usted porquerías?

—A lo que echan algunos horchateros. Es para pegarles. Algunos echan hasta almidón.

—Sí; el almidón sirve para pegar a los horchateros otras muchas cosas.

—¿Está usted de broma?

—No, señor. Es que se me ha escapado. Lo que me interesa son los cuatro mil duros diarios.

—Y a mí.

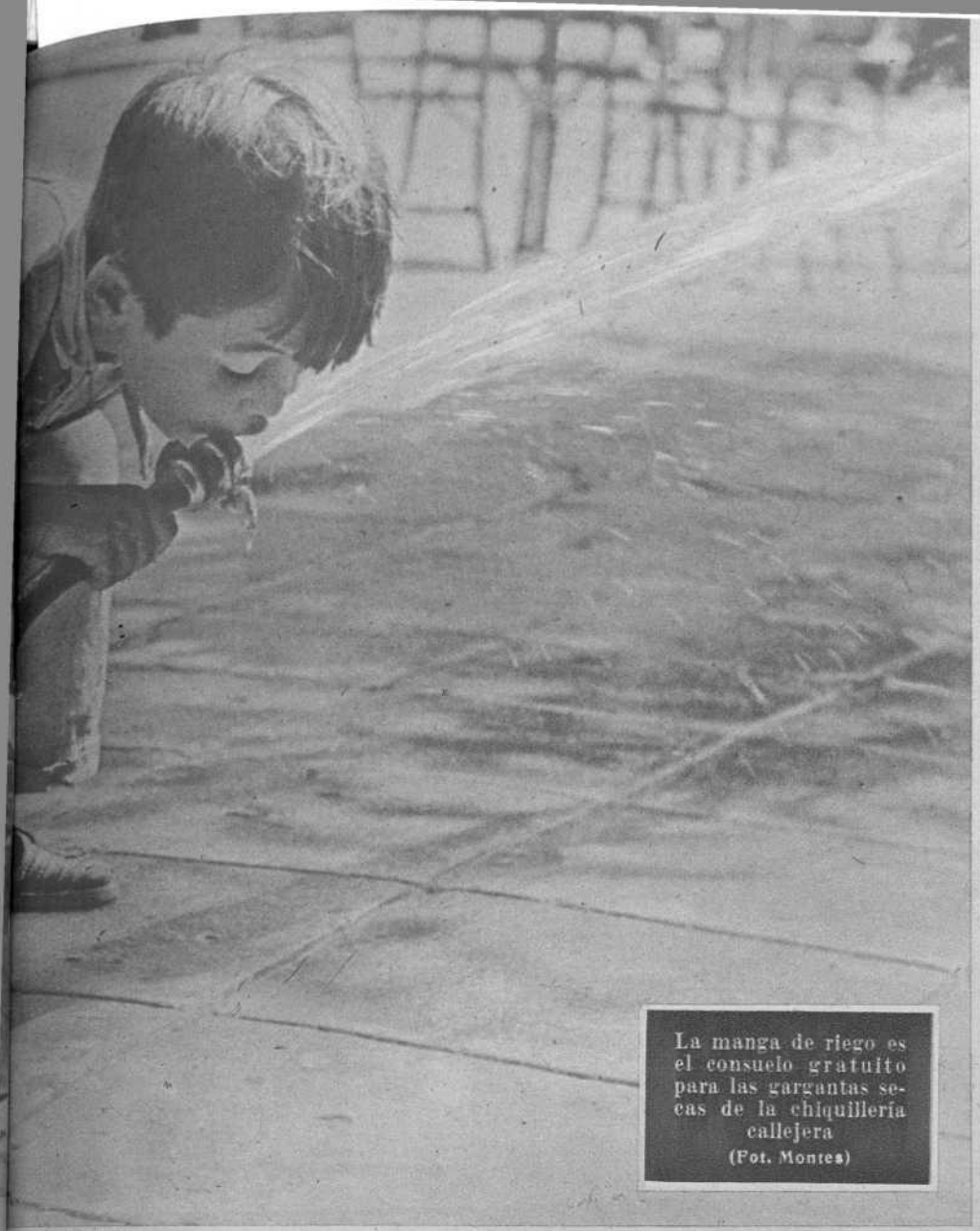
La refrescante horchata, de la que los madrileños, en plena temporada estival, consumen por valor de veinte mil pesetas diarias
(Fot. Urech)

El tradicional amigo del hombre siente también los efectos asfixiantes del mes de agosto
(Fot. Urech)

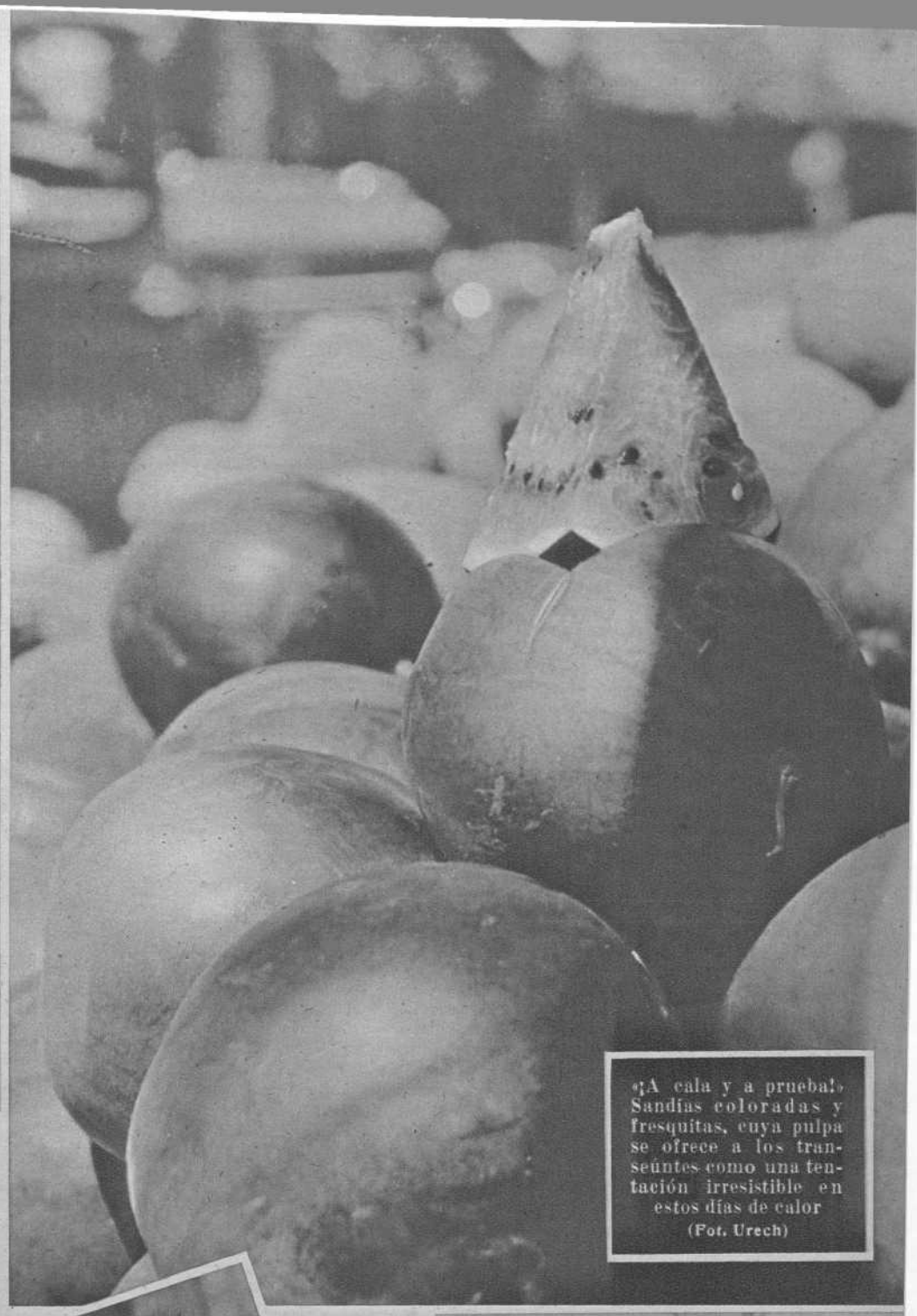
Otras fuentes

Este reportaje quedaría incompleto si después de bebernos el vaso de horchata creyéramos que en Madrid ya no tenía nadie más sed. Pero no. En Madrid, en verano, la gente bebe cuanto encuentra con tal de que

Las terrazas de los cafés están llenas a todas horas de un público ávido de tomar bebidas heladas
(Fot. Montes)



La manga de riego es el consuelo gratuito para las gargantas secas de la chiquillería callejera
(Fot. Montes)



¡¡A cala y a prueba!! Sandías coloradas y fresquitas, cuya pulpa se ofrece a los transeúntes como una tentación irresistible en estos días de calor
(Fot. Urech)

al pasar moje algo, y en las actuales circunstancias de guerra en Europa que están restringidas temporalmente otras populares bebidas por falta de importación de primeras materias, después de la horchata sigue en consumo la naranjada y a continuación el limón. De gaseosa se consumirán unas ocho o nueve mil botellas. Sidra, refrescos químicos y agua de Lozoya.

Según los caseros, el consumo que en verano hacen los madrileños del agua de Lozoya es verdaderamente escandaloso. «Esos que dejan por la noche el grifito abierto no saben lo que vale el agua».

Aquí, en la rica y popular agua, ya entra la variedad, el gusto y la fantasía. Hay quien la bebe en vaso, quien la prefiere a chorro y quien asegura que con unas gotas de anís el agua cambia de color y de gusto.

El botijo arrastra una multitud de devotos. El agua tiene que estar bien batida para que esté fresca. De ahí el mérito del pitorro y la excelencia de la manga de riego. No falta quien afirma que el agua salida en bulliciosa catarata de una manga de riego sabe algo a champán.

Saludemos a los mangueros.

MINIMO

El popular botijo disputa al perro, en la época de verano, el título de fiel e inseparable amigo del hombre
(Fot. Montes)

Melones como el arrope. Las grandes montañas de estos frutos ovalados coinciden siempre con el rigor de la canícula
(Fot. Urech)

En el puesto callejero, el horchatero, que inevitablemente ha de ser valenciano o alicantino, prepara el helado en las primeras horas de la mañana
(Fot. Montes)

MOMENTO NORTEAMERICANO

Roosevelt, Wendell Willkie, Harden Church y la pretensión del «Rey del aceite»

Ya los Estados Unidos han comenzado a comprender lo poco que se recibe a cambio de lo mucho que se da. Digámoslo más claramente: América del Norte, si la lucha entablada en el Continente termina, como todo lo hace sospechar, con el triunfo de las dos potencias del eje, será el segundo acreedor de Inglaterra y Francia vencidas. El primero, con opción, títulos y fuerza para el cobro preferente, será el propio eje victorioso de Alemania e Italia. Y esto es lo que alarma a la judería y francmasones yanquis, dueños de la Banca y la industria norteamericanas, que tan pródigamente vertieron empréstitos y armamentos en ayuda de las democracias europeas. La condición de vencedores permitiría a Alemania e Italia un cobro inmediato o al más corto plazo, mientras que los Estados Unidos... ¿Cómo y cuándo Inglaterra podría cancelarle la deuda? En esta duda radica todo el actual preparativo norteamericano para la guerra. Se mueven las grandes prensas, se lanzan a insensatas ofensivas verbales algunos políticos: «¡Los Estados Unidos están en peligro!...» «Tras la derrota de Inglaterra, Alemania invadiría nuestro suelo...» «Hay que prepararse para la guerra.»

No obstante, fijémonos en que el fenómeno americano se está produciendo con veladuras sobre una de sus zonas; mientras la producción y el preparativo bélico son cada vez más intensos, la acción política y publicitaria va atenuándose, apenas es un balbuceo.

Dos factores influyen poderosamente en tal atenuación: la proximidad de las elecciones presidenciales, por un lado, y la evidencia, cada día más clara, de que Inglaterra tiene perdida la guerra.

• •

Debe ser un espectáculo interesantísimo el que debe ofrecer la interioridad americana en su pugna entablada alrededor de la guerra europea; es un choque al que un natural instinto patriótico ha puesto una ejemplar sordina. De un lado, el partido demócrata, amasado con la gran Banca y la fuerte industria en manos del judaísmo, partidario de la intervención, con Roosevelt al frente, sosteniendo desde el Poder el fuego sagrado de las ambiciones de sus amigos; pero con la medida de la prudencia y el difumino del recato ante el convencimiento de que el país rehuye toda intervención armada y que una clara insistencia en la participación directa de la lucha podía suponer la derrota en la próxima reelección presidencial de Roosevelt.

De otro lado, la campaña de Lindhberg, con todo su prestigio y conocedor profundo de las potencialidades bélicas de los países europeos en guerra, adalid público de una neutralidad a ultranza. De un tercero, la atrayente posición política de Wendell Willkie, candidato republicano a la presidencia y portavoz de la no intervención en nombre del partido republicano. Y en torno a estas tres grandes figuras, un sin fin de conspicuos pululantes derramados en los tres campos, y en los que se enlaza en ocasiones la extravagancia con lo pintoresco, por esa prodigiosa fuerza que la rareza alcanza en las costumbres norteamericanas. Así, Abrahan Pickus, el denominado *Rey del aceite*, empeñado, con el poder de sus dólares, en comprar nada menos que la paz europea mediante la concesión de cuantiosos créditos de paz a los Gobiernos de los pueblos europeos sobre las armas, y la personalidad de Samuel Harden Church, presidente del Instituto Carnegie, de Pittsburgh, que se mueve bajo los brillos áureos de los millardarios judaicos, y cuyo absurdo proyecto sólo ha conseguido levantar una franca carcajada de hilaridad entre los conscientes.

• •

La enorme fuerza hebrea que agita y pulsa actualmente la directriz política de los Estados Unidos puede ser cabalmente medida por el vasto preparativo bélico que en todos los órdenes están realizando calladamente los yanquis. Y esto, ¿para qué?, cabe preguntar, porque sabido es que Norteamérica viene negando desde hace dos meses todo nuevo envío de armamentos a Europa; recientemente es público que ha rechazado la petición angustiada de Inglaterra del envío de treinta destructores ya terminados y en servicio, procedentes de los astilleros yanquis.

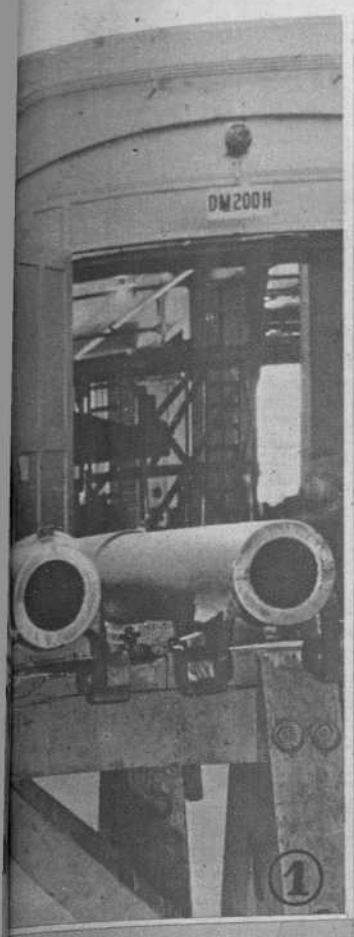
El insospechado avance que Alemania e Italia han dado a sus posibilidades de victoria próxima y total obliga a desechar todo barrunto de intervención al lado de Inglaterra, que ya sería ineficaz por lo tardía. Y entonces, ¿qué es lo que teme Norteamérica?

¿Una ofensiva alemana a través del Atlántico sobre las propias costas americanas? Esto es absurdo. Hitler ya ha dicho formal y reiteradamente que para nada le interesa a Alemania el Continente americano. Entonces... ¿Serán las salpicaduras del reparto de la postguerra en el Pacífico, con Japón triunfador en China y con un designio colonial que entra hoy en los grandes secretos asiáticos?

• •

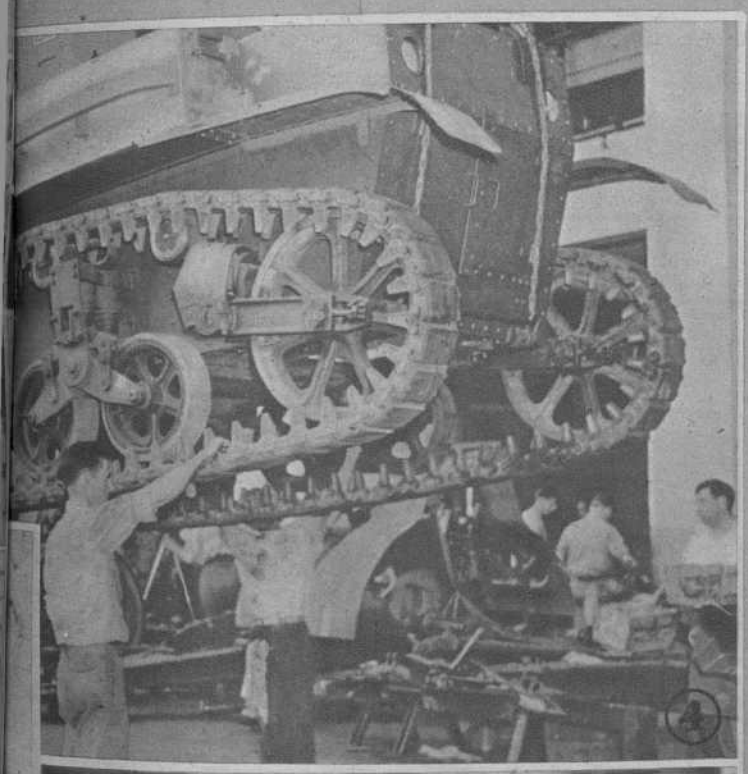
Las guerras son, a veces, necesarias, y la propia *Biblia* establece la legitimidad de la guerra. La Sagrada Escritura da el nombre de Jabaoth a Dios, llamándole así: Dios de los Ejércitos. Pero ya está visto también que quienes mueven los instintos bélicos norteamericanos son de los que no quieren tampoco nada con Dios, que es tanto, para los que, afortunadamente, creemos en El, como llevar más de la mitad de la guerra ganada. Porque los más nobles y fructíferos sentimientos del hombre no se pueden comprar con todo el oro del judaísmo. Y ellos son siempre la victoria. Así en la tierra como en el cielo.

ABEL CAPUZ

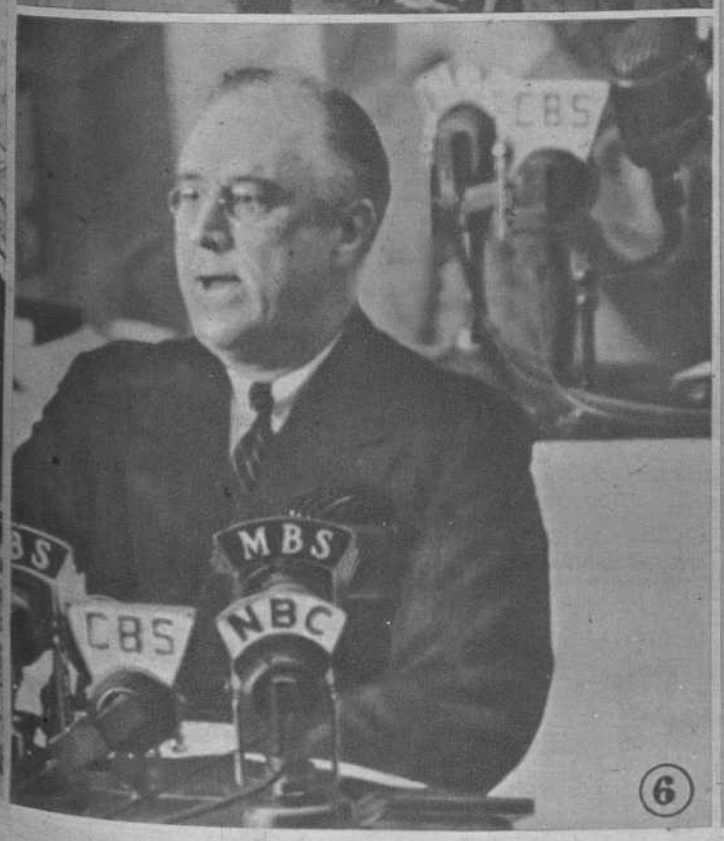


1

2

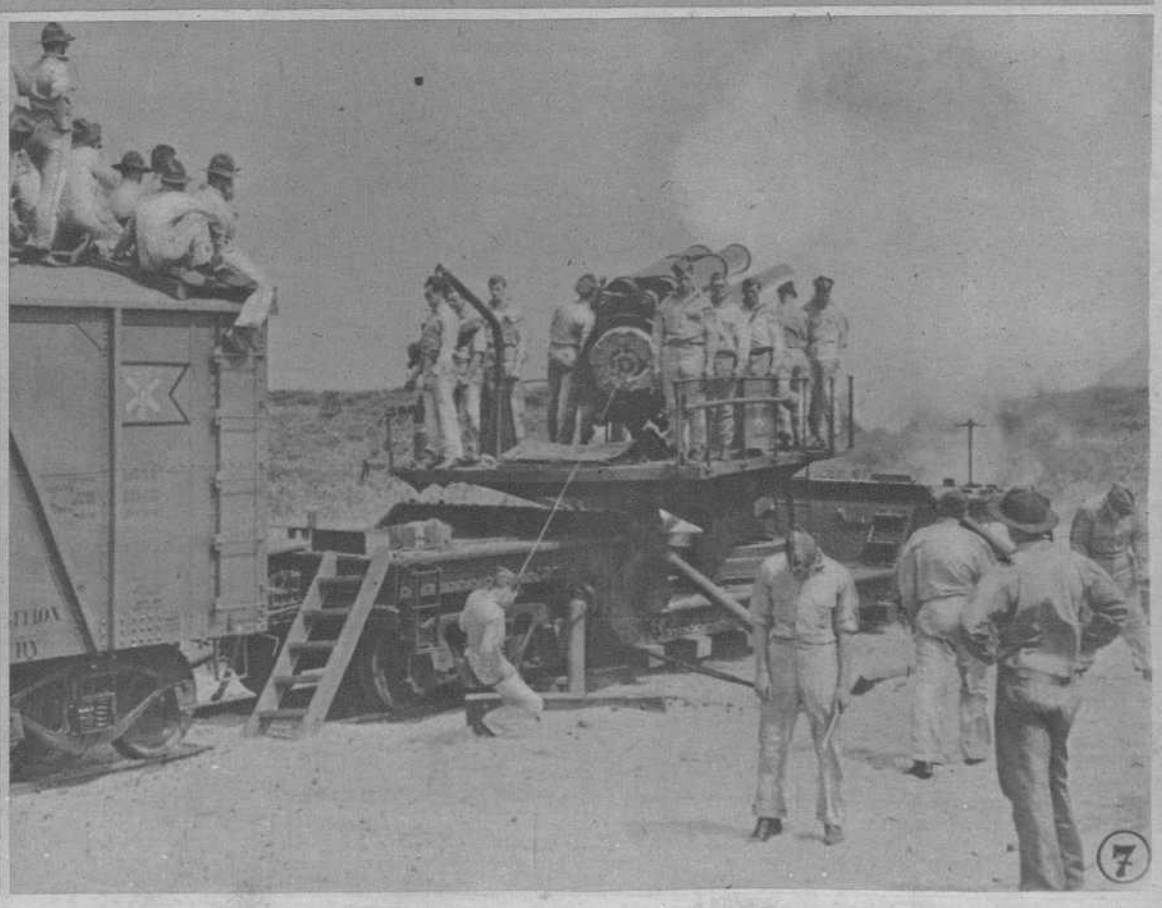


4



6

1. La producción de material bélico se intensifica en Norteamérica. Numerosas piezas de artillería salen constantemente de las fábricas. — 2. Grandes aviones de transporte han sido utilizados en las recientes maniobras de Burbank (California) para trasladar a los soldados encargados de realizar un imaginario ataque. (Fot. X.) — 3. Wendell Willkie, competidor del belicista Roosevelt en las elecciones para la presidencia de los Estados Unidos. — 4. En los arsenales yanquis se están construyendo millares de tanques del modelo que aparece en la fotografía. — 5. En los bosques de las regiones californianas la artillería de los Estados Unidos se ensaya para la guerra posible. — 6. Roosevelt durante el discurso en el que pidió mil ciento ochenta y dos millones de dólares, como créditos suplementarios para la defensa de un país que nadie ataca. — 7. Los cadetes de West Point, estudiando la artillería gruesa ferroviaria del Ejército norteamericano. **(Fots. Suwa)**



7

PUBLICIDAD GABERNET

La primera pelea

1'75
EL BOTE
TIMBRE A METALICO

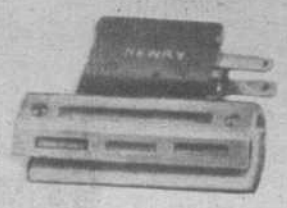
da-da

EL TALCO PARA SU BEBE

PERFUMERIA **FONT** DE PRESTIGIO CENTENARIO • MALLORCA 123 BARCELONA

Luminex

COLORA Y REGENERA SU CABELLO



Calentador termico IRROMPIBLE

ONDULACION PERMANENTE **"HENRY"**

Un aspecto del acto de la Demostración celebrada recientemente en Palma

•

Señora: Exíjala siempre a su Peluquero

Los aparatos Henry han sido imitados pero nunca igualados

• Máquinas - Secadores silenciosos - Tinturas y útiles completos de peluquería •

Perfecciónese Vd. asistiendo a las demostraciones prácticas los lunes, tarde y miércoles, diez noche

J. COLOMER Diputación, 260 BARCELONA

• En Madrid: Espoz y Mina, 22 •

MOSKIT

mortal de necesidad

ES UN PRODUCTO DE LA COMPAÑIA EXPORTADORA ESPAÑOLA

REPRESENTACION: **VELAZQUEZ, 57**

EMPRESA OLIVA

AUTOS DE LINEA

HORARIOS

Reus-Falset	a las	17,15
Falset-Reus	»	7,30
Reus-Montroig	»	13-18,30 y 22
Montroig-Reus	»	5,30-8 y 14
Reus-Tivisa	»	17
Tivisa-Reus	»	6,15

SALIDAS: Café de España

PLAZA PRIM - Teléfono 90

REUS

EL CALENTADOR ELÉCTRICO **"DANY"**

Para tener en casa agua caliente disponible a cualquier hora del día o de la noche

Depositario: ELECTRODO, S. A. y sus sucursales. Precio: 60 ptas.

giratorias y graduables metálicas con asientos y respaldos en madera curvada y barnizada, muy sólidas poco peso

Escribanos: Apartado 103 - San Sebastián

MARAVILLOSOS

aeromodelos metálicos hasta 80 centímetros de ala, que vuelan distancia y aterrizan por hélice. Pesetas 13, 17, 22, 30 y 45.

Señor MELILLA. Barquillo, 6.

Provincias, contra reembolso.

Correspondencia: Apartado Correos 3.070 MADRID

Helen Parrish, con su director, Henry Koster

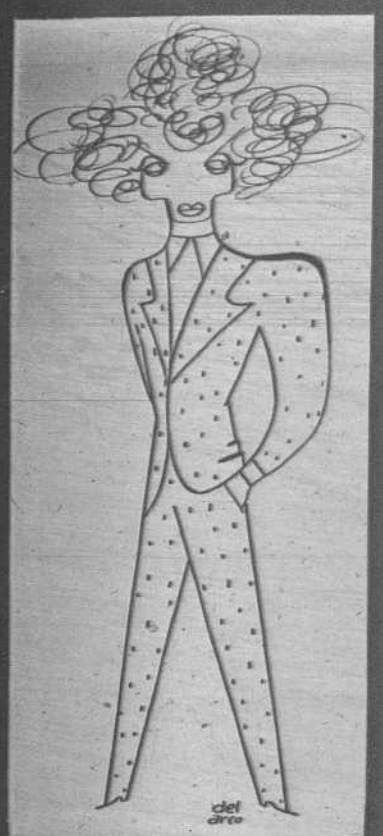
Ann Sheridan, con el realizador Anatole Litvak

Greta Garbo, con el famoso Ernst Lubitsch

Marlene Dietrich, con George Marshall

PANTALLA

El director y la «ESTRELLA»



Marlene Dietrich, vista por el caricaturista Del Arco

A veces, alguna amable lectora se dirige a nosotros para que la saquemos de una terrible duda. Su cabeza alberga, como la de millares de jóvenes, vagos sueños de gloria cinematográfica que se traducen en una pregunta concreta: ¿Qué hace falta para ser estrella de la pantalla?

Para ser estrella de la pantalla hacen falta muchas cosas, bastantes más, desde luego, de las que creen los aficionados y las legiones de aspirantes a figurar destacadamente en los films, quienes fían todo a su mayor o menor prestancia física y a su parecido exterior con tal o cual actriz o actor del cinema. No vamos a enumerar ahora todas las condiciones necesarias para poder lanzarse con alguna probabilidad de éxito por el cada día más difícil camino de la pantalla. Pero, por lo menos, nos referiremos a la principal. Y he aquí el fenómeno curioso. Esta condición esencial no está en la estrella misma. Depende de otra persona. El lector inteligente ya habrá comprendido que hemos nombrado al director. En efecto, lo principal para que una actriz triunfe es tener la fortuna de encontrar un buen director. El director es el máximo responsable y de su éxito o de su fracaso depende el éxito o el fracaso de todo el pequeño ejército que interviene en una película, empezando por los protagonistas.

Se puede establecer como un axioma cinematográfico que no hay película mala con director bueno, ni película buena con director malo. Y las estrellas hoy famosas serían hoy unas desconocidas o, lo que es peor, unas fracasadas, de no haber tenido la fortuna de ser lanzadas a la popularidad por realizadores de evidente talento que supieron extraer de su personalidad indiscutible el rendimiento artístico que las puso rumbo a la fama.

Si repasamos, por ejemplo, la lista de los directores que ha tenido hasta ahora la que está considerada como la primera figura femenina del cine mundial, Greta Garbo, veremos que, desde su descubridor, Mauricio Stiller, hasta el director de su último film, ha actuado siempre a las órdenes de los realizadores más solventes: Fred Niblo, George Fitzmaurice, Ernst Lubitchs... Así tenía que ser, porque de otro modo, es decir, caída en la mano de directores mediocres, Greta no hubiera pasado, con todo su talento, de ser una actriz también mediocre, ya que el trabajo de la artista es siempre un reflejo directo de las posibilidades del director.

El caso de Marlene Dietrich puede ser el más claro exponente de lo que decimos. Contra la creencia de mucha gente, la Dietrich que nos descubrió Joseph von Stenberg en «El ángel azul» no debutaba con este film. Antes había hecho, en Alemania, tres películas grises, vulgares, sin éxito, en las que ella aparecía como una actriz desprovista de interés. Su nombre, a través de estas tres producciones, no logra abrirse paso entre el gran público. Marlene ha sido conducida en sus primeras aventuras cinematográficas por tres directores de última fila, ninguno de los cuales podía sospechar que tenía entre sus manos una de las figuras más interesantes del séptimo arte. Pero aunque lo hubieran sospechado, Marlene habría continuado en el anónimo porque no eran estos directores los que podían explotar sus posibilidades de actriz. Tuvo que ser Stenberg quien adivinara lo que la ex actriz teatral, que recorría las poblaciones germanas en pesadas jiras teatrales, podía ser entre sus manos inteligentes. Y así vino «El ángel azul» y vinieron después, obras del mismo Stenberg, «Fatalidad», «Marruecos», etc. Y cuando no es Stenberg el que la guía es Mamoulian o Lubitchs o George Marshall, nombres prestigiosos, junto a los cuales la discutida actriz podrá tener ascensos y descensos en su labor, pero será siempre juzgada con arreglo a la primera categoría en que supo colocarla Stenberg.

Greta Garbo, la genial estrella sueca, descubierta por Mauricio Stiller

Ann Sheridan, en el estudio, con el actor cómico Charles «Chic» Sale

Nuevas estrellas empiezan hoy a popularizar sus nombres entre los espectadores. Así, Ann Sheridan obtiene hoy sus mejores triunfos gracias al realizador Anatole Litvak. Y la juvenil Helen Parrish obtiene su primer gran éxito merced a Henry Koster, el hombre que ha sabido ver claro en el horizonte artístico de Helen.

Si aplicamos el axioma al cinematógrafo español, nos explicaremos la mediocridad de gran parte de las personas que figuran en los repartos de las películas nacionales. Es posible; es más, casi seguro, que entre estas actrices y actores los haya de positivo mérito y dignos de comparación con los mejores del extranjero; pero para que se revelen sus facultades plenamente necesitan realizadores de una talla que hoy por hoy, por desgracia, no tenemos todavía en nuestra industria cinematográfica. Y nótese que le llamamos industria — no arte — porque los fines de nuestros productores se ciñen exclusivamente a eso: a la industria, al comercio, al negocio. Y al ser así, es lógico que las empresas busquen a los directores que, a su juicio, no siempre acertado, garanticen mejor sus fines puramente económicos.

Así, pues, estimada lectora, ya sabe usted lo más importante para obtener el triunfo en la pantalla. Procure usted que un director de talento se fije en esas condiciones que asegura tener para el séptimo arte. Y en cuanto consiga esto, lo demás es cosa secundaria.—ALBERTO ARENAS.

Un cuento cada semana

La tragedia de Pérez

por **FRANCISCO CASARES**

PACO Pérez no era feliz. Ya comprendo que a ustedes les interesa poco, o nada, lo que pudiera ocurrirle a Paco Pérez. Si no le conocieron es lógico que les importe un bledo el grado de relaciones que tuviera este individuo con la Felicidad. Y si le llegaron a conocer estoy seguro que pensaban de él que era un cretino, un vago impenitente y un elemento, en suma, inservible para la sociedad. Sin embargo, yo estoy en el deber de reivindicar a este pobre amigo mío, que se fué de entre los mortales todavía joven y que ha sido, evidentemente, uno de los muchos incomprendidos que han realizado a contrapelo, y sin fruto, esta penosa obligación de vivir un rato sobre la tierra que tenemos todos los que somos inscritos un día en el registro civil del Juzgado municipal más cercano a la casa de nuestros progenitores. Sí, señores míos, yo afirmo que Paco Pérez fué un incomprendido. Para los que le trataron y no acertaron a juzgar su sensibilidad, sus inquietudes, su verdadera personalidad interior, escribo estos renglones, que constituyen un acto de justicia. Para los que no han sabido nunca de la existencia de este tipo singular, me preocupo de promover esta tardía, pero justísima reparación.

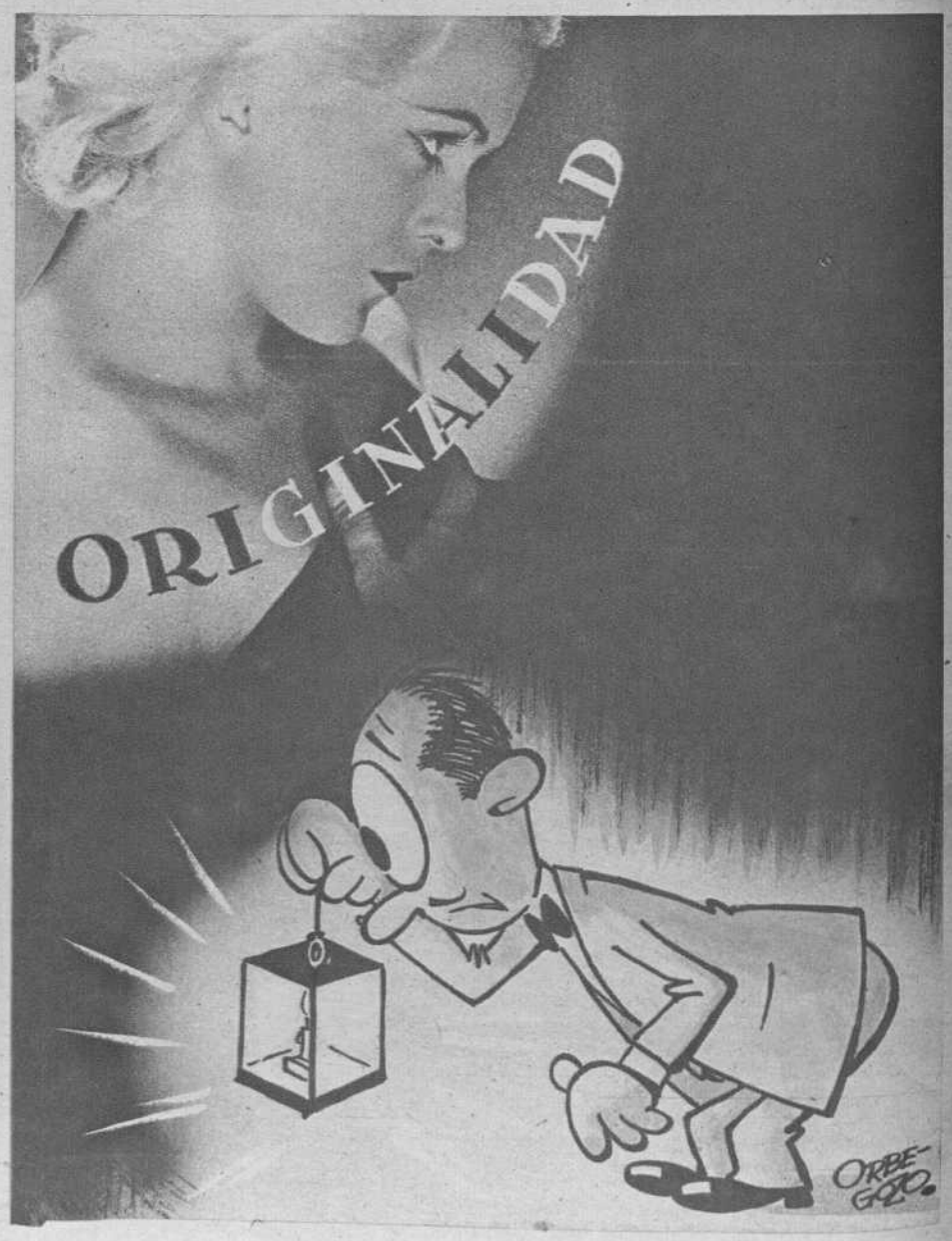
Mi amigo Pérez no fué feliz, precisamente porque era un hombre singularmente sensible y exquisito. Nada vulgar, como sus allegados creían. ¿Que no trabajó nunca? Eso es verdad. ¿Que derrochó el dinero que sus padres hicieron prestando, en un tenducho de la Cava baja, sobre mantones de señora, prismáticos de campaña, bandurrias flamencas, botas de montar y trajes de torero? También es cierto. Pero si no se dedicó, asidua y tenazmente, a esa disciplina que, el que más y el que menos, practica porque no tiene otro remedio, si no estableció una relación amistosa y cordial con el trabajo, fué, precisamente, porque le reventaba la idea de hacer lo que los demás. El hubiera querido emplearse en faenas y meterse en trajines que no estuvieran ya trillados y archisobados por la gente, que se dedica siempre, de manera indefectible, a lo que ya se han dedicado antes, sin descubrir nada nuevo, millares de personas. Hay que reconocerle ese mérito. No es que se negara a trabajar. Es que se decía a sí mismo: «Si yo hago lo que han hecho ya muchos, no añado nada. Mi modesto esfuerzo, en cualquier actividad, dejará las cosas próximamente como están. Pero, en cambio, si descubro un quehacer nuevo, un modo de emplear mi inteligencia o mis músculos, que no haya sido puesto en práctica hasta ahora, no sólo realizaré el elemental ideal humano de dar lustre y popularidad a mi nombre y hacerme rico — más de lo que he sido por el vulgar sistema de la herencia — sino que aportaré una utilidad indiscutible a la sociedad de mi tiempo». Como verán ustedes, el razonamiento es impecable. Y lo que a muchos, con simpleza notoria, les parecía una inclinación de Paco a inscribirse en los amplios y correntísimos censos de la vagancia — madrastra celosa e influyente de la mangancia — no era sino el honrado deseo de crearse una personalidad propia, distinta a las que se pasean por las calles de Madrid todos los días.

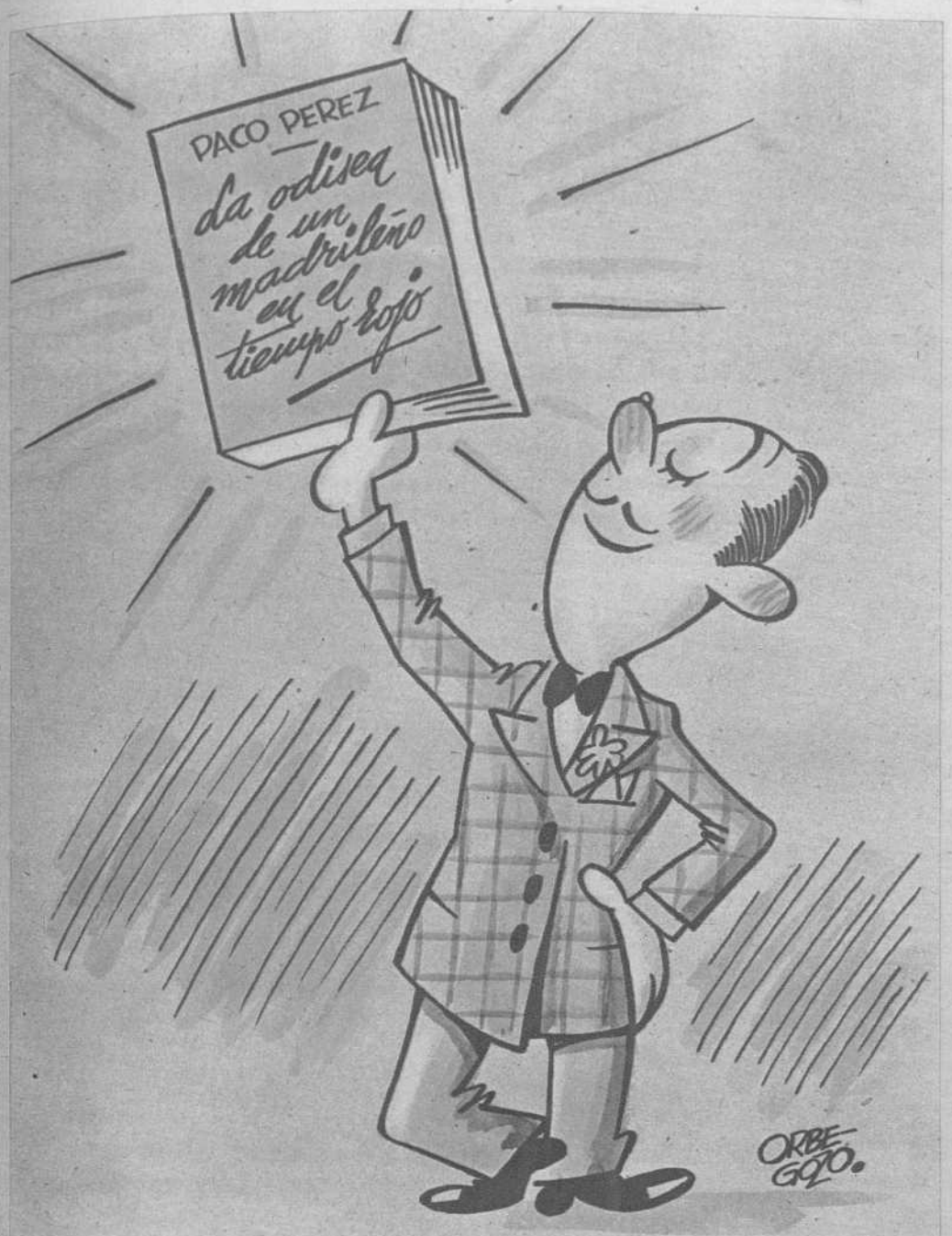
Porque ésta era la gran desventura del pobre hombre, del incomprendido Pérez. El se decía, en sus tristes y desesperanzados soliloquios: «Mudarse la vestimenta es fácil. Basta tener un poco de dinero y fuerza de voluntad para soportar las pruebas de los sastres y la conversación de los sastres en las pruebas. La originalidad en el atuendo no es tal originalidad, porque la extravagancia es tan corriente que hace ya mucho tiempo que dimitió de su verdadera misión de producir extrañeza o provocar sonrisas y chacotas. En lo físico, aunque parezca más difícil, también se hacen ya prodigios para cambiarle a uno los rasgos. La cirugía estética logra tales maravillas que un chato puede ser, a la semana siguiente, narigudo, y un hombre de redondos mofletes, si le viene en gana, sorprenderá a los amigos de su tertulia, o a los compañeros de la oficina, con unos laterales huesudos y escuálidos como los de cualquier estrella femenina de Yanquilandia. Todo se corrige. Todo es susceptible de reforma. En Madrid se llegó, en ese sentido, a una verdadera revolución, a la empresa sorprendente de cambiar la fisonomía de toda una ciudad. Todo el mundo, en los huesos. Todos, pálidos y escuchimizados. El que más y el que menos, al final de la experiencia que practicó el «acreditado doctor Negrín», profesor de mutaciones fisiológicas, confesaba haber perdido diez, veinte y hasta treinta kilogramos de su peso. ¡Ah!, pero la personalidad, la psicología, el modo de ser no se cambia. Si yo no estoy conforme con mi carácter, con mi idiosincrasia, si me parece completamente absurda la personalidad interior que me dieron mis padres, ¿por qué no he de poder cambiarla a mi gusto?» He aquí la gran preocupación de Pérez, su obsesionante motivo de dolor. El no quería ser como era. Quería cambiar. Y no pudo. Muchos años de meditar sobre ese problema de echar de menos una clínica de cambios y recambios psicológicos, dieron al traste con mi amigo, que murió de aburrimiento. A la postre, de una enfermedad vulgar, ordinaria, que no representa ninguna novedad. Una enfermedad que ha tenido y tiene casi todo el mundo. Lo único original es que a él le consumió precisamente por el deseo de no parecerse a los demás. Y sobre todo, por el íntimo y meritísimo anhelo de no parecerse a sí mismo.

En cuanto a la segunda y considerable acusación que familiares y amigos le hicieran, la de haber gastado casi íntegra la fortuna de los chamarileros que, tras una coyunda absurdamente igual a las acostumbradas, con los mismos invitados, de idéntico trapío, y en análogo merendero, a los que antes y después se vincularon matrimonialmente en el barrio, le trajeron a asomarse una temporada de treinta años a esta estúpida y uniforme vida, ¿qué iba a hacer? Proseguir el negocio y enterrarse entre baúles, relojes de pared y trajes hechos, le horrorizó desde su infancia, desde que empezó a tener esa cosa tan corriente y repetida que se ha dado en llamar el uso de razón. No; él no servía para discutirles a las matronas de la Cava el importe de unas sábanas con zurcidos y con historias íntimas poco recomendables, ni tampoco se consideraba preparado para pagar a bajo precio las estilográficas o los cronómetros que, horas antes, se hallaran plácidamente sobre la ropa de un señor confiado que se apretaba en la plataforma de un «Fuentecilla». El no sería prestamista. Y cuando sus padres, cumplida su mercantil misión sobre la tierra, y el paternal deber de enseñar a leer y escribir al vástago, y ponerle en condiciones de vivir con mediano decoro, se despidieron, casi simultáneamente, de parientes y conocidos, para instalarse en la paz de una «perpetua» del Este, el hijo vendió la tienda y le dejó la faena a un individuo con inclinaciones usurarias y afán de mostrador. Si él no siguió al frente de la «compra-venta» fué precisamente por su noble impulso de descollar, de no entregarse a la rutina en que naciera. Y si gastó los dineros que heredara, hay que apuntar en su haber moral la aspiración, malograda, de hacer algo útil. Util y nuevo. En esta segunda condición estuvo su gran fracaso.

Paco tuvo varias novias. No fué un hombre mujeriego. No tuvo nunca facultades extraordinarias para conquistador profesional. Por otra parte, también este ejercicio le parecía bastante trabajado ya. Su dinero le daba ciertas facilidades. Pero eso, más que un estímulo, representaba una decepción, ya que le hubiera gustado ser querido, y requerido, por su propia persona. Y le buscaron o le aceptaron, siempre, porque gastaba con alegría y abundancia las pesetas. Por lo menos, él no pudo arrancar de sí la suspicacia de que esa era la causa de sus fáciles aventurillas y hasta de las tres o cuatro pasiones aparentemente románticas que despertó a lo largo de su entristecida y estéril existencia. Además, las mujeres le resultaban siempre iguales. Ninguna de las que trató tenía ese sello de personalidad que tanto para él como para la mujer amada, si la hubiese encontrado, constituyó el frustrado anhelo de todos sus días. Las chicas del barrio eran ordinarias, chulonas, con la misma manera de decir las cosas, con iguales gustos. Algunas — no lo negaba Paco — eran monillas, apetecibles. Como decía el señor Teodoro, el vinatero de junto a su tienda, «tenían la edad en la boca». Pero en cuanto se empezaba una conversación, todas decían las mismas cosas y se reían de la misma forma, escandalosa y poco delicada. No. Por el camino del amor, tampoco iba a encontrar Pérez su remisión. Andaría con mujeres, porque, al fin y al cabo, son la salsa de la vida. Y, a veces, la pimienta. Y mejor se pasaba el rato con una barbiana de buena construcción y buenos ojos, aunque fuese vulgar y parecida a las demás, que con uno de los amigotes que aparte de parecerse también a todos los que había tenido y pudiera tener, llevaría consigo todas las antipáticas características del sexo justamente titulado feo.

Y así, sin encontrar su rumbo, ni conformarse con nada, fueron pasando los años. Su tragedia, contra lo que creyera la gente, consistió, cabalmente, en no ser un tipo corriente, en no presentar similitud con la mayor parte de los que él conocía, que se avinieron tranquila y felizmente a conllevar la vida tal como ella se suele presentar, uniforme y tediosa, sin altibajos ni excesivas complicaciones.





Por eso no trabajó. Por eso gastó los años y el dinero en forma que a la gente le parecía insustancial. El tenía una intensa vida interior. El que inventó esa frase sí que era un genio. Un hombre de positivo talento. Porque él era, en realidad, un ejemplo vivo de lo que se quiso definir con esas palabras. El era un hombre «de vida interior». Su tiempo, en las parcelas más dilatadas, lo invirtió en pensar. No hizo otra cosa. Y si no llegó a crearse un sistema de vida original, nuevo, fuera de lo cotidiano y corriente, él no tenía la culpa. Ni le faltó voluntad, ni dejó de hacer todo lo posible por situarse aparte y no tener puntos de analogía con los que le rodeaban.

Una de sus grandes desgracias fué ésta: siempre que creía haber hallado algo nuevo, positivamente inédito, un trabajo en que no se hubiera empleado nadie, una actividad que resultase desconocida, se daba de bruces con la realidad. Y la realidad era que ya había quien hiciera lo que a él se le había ocurrido. Paco se dijo un día: «Escribiré para el teatro. Es verdad que esto lo ha hecho casi todo el mundo. Pero lo interesante no es escribir comedias. Ni siquiera estrenarlas. Lo que me puede dar nombre y hacerme realmente un hombre considerable y envidiado es que mis obras sean originales, que representen una innovación». Y se dedicó, afanosamente, durante una temporada, a escribir comedias nuevas. No se sonrían ustedes. Yo he leído algunas de las producciones de Paco Pérez. No diré que fueran una revolución en nuestro ya envejecido e invariable arte escénico. Pero no estaban mal. Eran parecidas a las que todos los días se estrenan en los tablados madrileños, con el mismo éxito de crítica, igual hipérbole de gacetillas a tanto la línea, y el mismo desvío de los públicos. No consiguió que se las estrenaran las empresas. Eso sí que hubiese sido una novedad sorprendente. Si lo hubiese logrado, podría ya presumir, justificadamente, de haber hecho algo definitivamente nuevo. No; no lo consiguió.

Y se hizo empresario. Se gastó unos miles de duros. Reunió una compañía, que se parecía como una pera a otro ejemplar del mismo árbol frutal, y entonces supo, pasajeramente, de las mieles del halago y del triunfo. Los cómicos, en la primera lectura que hizo el pobre Pérez, con la misma monotonía, con el mismo balbuciente tonillo de todos los que leen su primera comedia, le aseguraron que no habían oído una cosa semejante en su vida teatral. Todos coincidieron en que allí había un autor «de cuerpo entero» y que el estreno sería un verdadero acontecimiento. Pero, pocos días después, cuando la obra pasó sin pena ni gloria y la taquilla acusaba unas soledades panteónicas, el improvisado empresario pudo sorprender, en un pasillo, el diálogo de la primera dama y el actor de carácter, que le ponían verde, se mofaban de sus ambiciones de dramaturgo, y confesaban cínica y paladinamente que la obligación, casi diaria, de ingerir una mediana alimentación les imponía el verse en las desagradables andanzas de estrenarle obras a un cretino. El menos pretencioso de aquel elenco se creía capacitado para que Benavente o Pirandello le ofrecieran las primicias de sus comedias.

Si tenían que aguantar al prestamista de la Cava — el haber renunciado a la profesión paterna no quitaba, en el juicio de las gentes, el «sanbenito» de la clasificación — era porque el teatro estaba lleno de injusticias, y los auténticos méritos no se reconocían. Al día siguiente, Paco Pérez anunció en la tablilla que la temporada era finita y pagó las cuarenta y nueve funciones reglamentariamente comprometidas. No, positivamente en el teatro no había nada nuevo que hacer. La defección fué grande. El recuerdo, imborrable. Actrices de medio siglo largo, desempeñando papeles de ingenuas. Galanes, con peluca para disimular la calva acusadora de una fecha demasiado remota de nacimiento. Autores, cuyo nombre sonaba hacía seis lustros, como única atracción de los carteles. Algún nombre nuevo, no se sabe cómo, incorporado a las tramoyas, pero con el mismo *modus operandi* de halagar a los públicos con disparates de mal gusto, novelas rosas vertidas a la escena, o películas extranjeras descaradamente fusiladas. Eso es todo lo que Pérez encontró a su paso, fugacísino y caro, demasiado caro, por el mundillo teatral.

Quiso dedicarse al cine y encontró las mismas vanidades, los mismos egoístas procedimientos de los que lo acaparaban, la misma mediocridad, sobre todo. Esta era su gran tragedia. Encontrarse con la mediocridad a cada paso, a todas las horas, en todos los ámbitos. Y siempre triunfante, sin cederle sitio a nada que pudiera apuntar un propósito limpio de renovación. Cuando terminó la tragedia de Madrid, Pérez concibió una idea que le parecía, al fin, el esperado descubrimiento de una sensación y una actividad nuevas, no ya sólo en su vida, sino para los demás.

Ya había dado con un motivo de sentirse ufano. Iba a trabajar, porque había encontrado el apetecido trabajo original, que no tuviera analogía con el de los demás. Escribiría un libro sobre la dominación roja y sobre su propia odisea. En resumen: daría a conocer, por medio de una obra impresa, lo que había sido «su caso». Se encerró dos meses en casa. No veía a nadie, ni admitía que nadie le fuera a ver. Se había aislado del mundo para escribir el libro. Cuando lo hubo terminado, anduvo recorriendo casas editoriales. Ninguna quiso aceptarle las cuartillas. Fué inútil que argumentara acerca de la indudable novedad que encerraban. Y Pérez acudió, una vez más, al arbitrio de costearse sus propios trabajos, en lugar de recibir retribución por ellos.

Hizo el libro por su cuenta. Pero pasó inadvertido. Casi nadie lo compró. Sólo esa docena de madrileños beneméritos que tienen la enfermedad o la filantropía de la lectura, y que compran todo lo que se escribe — ¡Dios se lo tenga en cuenta! — adquirieron «La odisea de un madrileño en el tiempo rojo». El resto de la edición se lo fueron devolviendo los distribuidores y vino a ocupar cuatro largos estantes que Pérez mandó hacer *ad hoc*, sólo para conservar el multiplicado e inútil esfuerzo de su mente. Después supo que todos los que habían permanecido en Madrid, salvo dos o tres que constituían la excepción, habían escrito también el libro de «su caso». Durante una temporada se dedicó a cubrir, pacientemente, con letras que construían palabras, los cuadriláteros de una revista que traía muchas «palabras cruzadas». Le pareció una ocupación ociosa, sin provecho; pero, al fin y al cabo, nueva. ¿Cuál no sería su decepción al darse cuenta de que hasta las menegildas de su casa descifraban crucigramas, y que este deporte, inocente y pueril, estaba de moda en toda la ciudad?

Indudablemente, él no servía para seguir en este mundo. Pero era católico, de buenas y arraigadas costumbres, educado en el temor de Dios, y no se consideraba capaz de suicidarse, cosa, por otra parte, bastante practicada ya en esta desdichada tierra. No había, pues, otra solución que la de aguantar mecha y fastidiarse. Como último intento publicó un anuncio en los periódicos, dando publicidad a su obsesión, al deseo que le había martirizado mentalmente tanto tiempo. ¿Por qué no iba a haber un médico de las psicologías, un sabio que le cambiase a uno, en varias sesiones, el modo de ser? Si él consiguiese adaptarse, convertirse en un hombre definitivamente vulgar, sin la manía de cambiar el carácter y los gustos, llegaría a ser feliz. Y puso su anuncio. Ya, el hecho de pedir públicamente una psicología de recambio, debajo de la apología de unos polvos insecticidas y encima del aviso de venta de una radio de seis lámparas, le produjo malestar. Pero había que someterse. Ni en la página de «anuncios por palabras» se había llegado a una variación que rompiese la uniformidad de todos los días y todos los periódicos.

Su anuncio personal, por lo menos, tenía un cierto aire de cosa desconocida. «Se desea una psicología nueva. Pagaré bien». Y a continuación, el número de su teléfono. Estuvo en casa, con los nervios de punta, comido por la impaciencia, todo el día correspondiente al de la publicación. Nadie acudió. Al siguiente se le presentó un estudiante de sexto curso del Cardenal Cisneros. «No es del todo nueva la que le puedo ofrecer, pero le aseguro que casi no la he usado». Y le alargó el libro de texto, verdaderamente bien cuidado, casi nuevo. Pérez echó con cajas destempladas al mancebo, que no salía de su asombro.

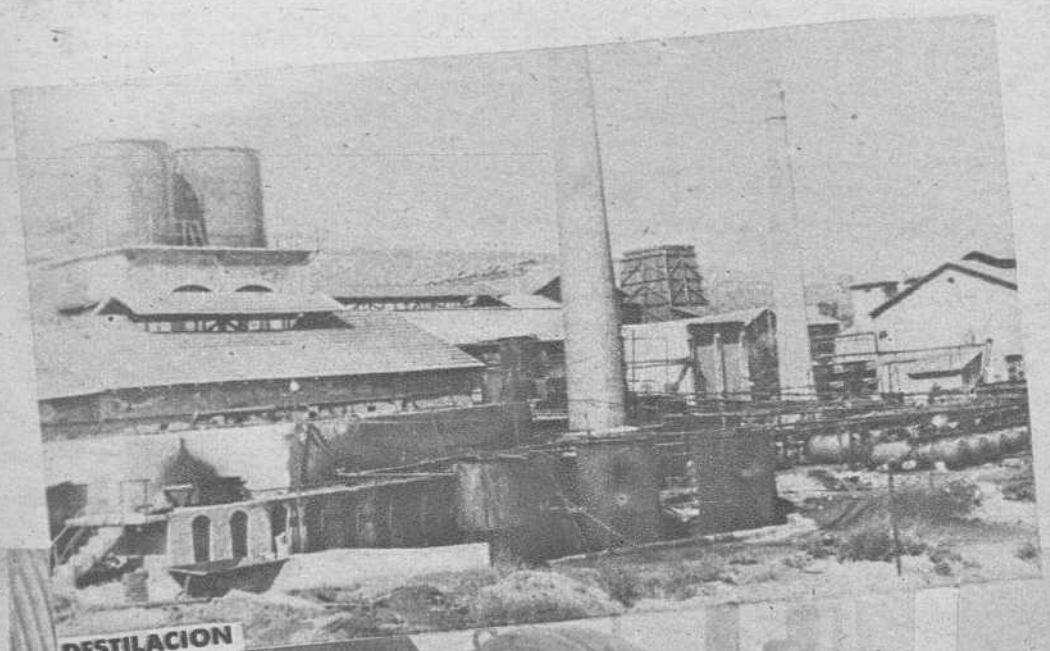
El fracaso había sido rotundo, insoportable. Había llegado la hora de las grandes determinaciones. Al domingo siguiente acudió a una corrida de postín. Un mano a mano entre dos matadores famosos. Y pocas horas después, en la soledad de su cuarto de soltero, murió cristianamente. Murió de tedio. Y se fué como había vivido, sin que nadie le comprendiera. Yo he querido reivindicarle.

FIN

(*Ilustraciones de Orbegozo*)

SOCIEDAD MINERA Y METALÚRGICA DE PEÑARROYA

Oficinas: Alfonso XII, 30, MADRID. Tels. 28210 y 28219

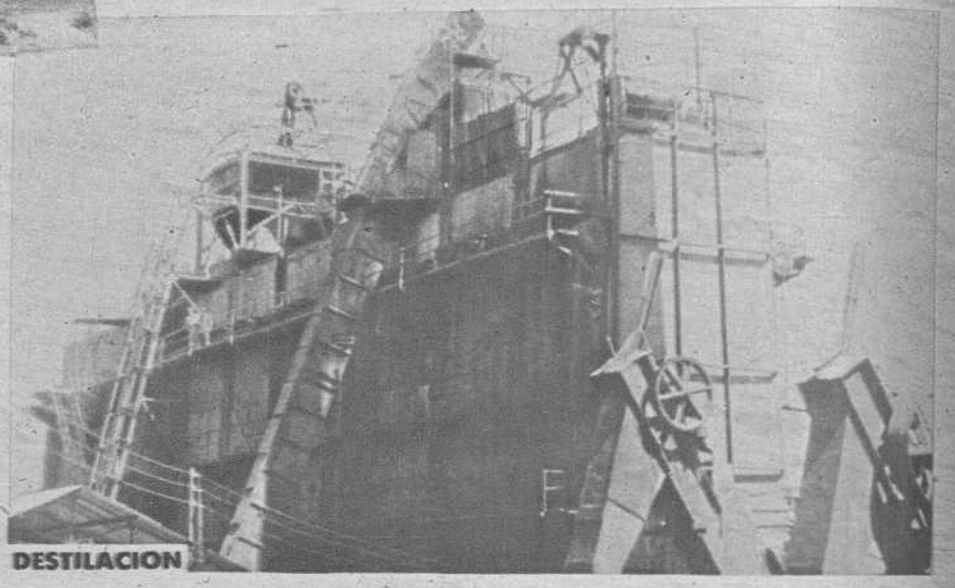


Esta Empresa, deseando contribuir al resurgimiento y engrandecimiento de España, ha instalado recientemente más actividades en todas sus explotaciones, y viene cada día atendiendo a que sus negocios adquieran la importancia que merecen en la nueva España.

Copien a la SOCIEDAD MINERA Y METALÚRGICA DE PEÑARROYA las demás industrias españolas y harán lo que todos aspiramos: la ESPAÑA GRANDE, LIBRE, IMPERIAL.

DESTILACION

MAQUINA EXTRACCION (POZO NORTE)



DESTILACION

FEDERICO MOLINA

EXPORTACION DE VINOS, VINAGRES Y ALCOHOLES

HECES DE VINO Y TARTAROS

TELEFONOS:
FABRICA: 64
OFICINAS: 83
PARTICULAR: 106

SOCUÉLLAMOS
(CIUDAD REAL)

JUAN PEDRO MORALES GONZALEZ

EXPORTADOR DE VINOS, ALCOHOLES, MISTELAS Y VINAGRES

TELEFONO 25

LA SOLANA
(CIUDAD REAL)

RAFAEL y MATEO VALIENTE

VINOS, MISTELAS Y CONCENTRADOS

FABRICACIÓN Y RECTIFICACIÓN DE ALCOHOLES VÍNICOS

TELEFONO NUM. 9
Telegramas y telefonemas: VALIENTE

SOCUÉLLAMOS
(CIUDAD REAL)

LEONARDO DIAZ-SALAZAR

Sucesor de VIUDA DE ANGEL DIAZ-SALAZAR

COSECHERO Y EXPORTADOR DE

VINOS

FABRICA DE ALCOHOL

TELEFONO 94

Corresponsal del BANCO HISPANO AMERICANO

DAIMIEL (Ciudad Real)

JULIÁN BRAVO

EXPORTACION DE VINOS

FABRICA DE ALCOHOL Y HOLANDAS

Bodegas: DAIMIEL: Teléfonos 26 y 40
BOLAÑOS: Teléfono núm. 1

FABRICA:

LA RODA (Albacete)

TALLERES DE PRENSA GRÁFICA, S. A., Hermosilla, 73. Teléfonos 56164 y 56165. MADRID

PUBLICITAS

LA GARANTIA DEL PERFECTO
DESARROLLO DE LOS NIÑOS

con **FOSFATINA**

AMBRI

UNIRÁ PARA SIEMPRE EL NOMBRE
DE ESTA MARCA A LA INFANCIA

FABRICA DE PRODUCTOS ALIMENTICIOS **"AMBRI"** • APARTADO 58 • LEON

fotos

SEMANARIO GRAFICO de INFORMACION y REPORTAJES

REDACCION Y ADMINISTRACION
AVENIDA DE JOSÉ ANTONIO, 31
TELÉFONOS: 26520 y 26529
MADRID

Hitler en la lucha contra Inglaterra

El Führer de Alemania, con el almirante Raeder, jefe de las fuerzas navales del Reich, durante una de las últimas entrevistas preparatorias del bloqueo marítimo a la Gran Bretaña